AÑO XXXIV — Nº 1685

EL DIA

Suplemento Dominical fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932

MONTEVIDEO, MAYO 2 DE 1965



Dr. Alfredo L. Palacios

Con la muerte del ilustre líder argentino, se clausura una larga jornada de seis décadas de vida pública, que le vieron siempre en el escenario de las grandes luchas como un enamorado de la libertad y un abanderado de todas las rebeldías. Con él se va el último romántico de la historia política de América.

(Foto Caruso)

ALFREDO PALACIOS

Ha muerto el último romántico de la historia política de América



Dos famosos prohombres argentinos, en una foto de 1906: a la izq., Del Valle Ibarlucea. A la derecha, el joven diputado Palacios, aún sin el típico traje negro que lo haría inconfundible.

HA enmudecido la voz sonora que se alzó siempre para la instancia generosa, para el reclamo justiciero y la admonición rebelde. Ha caído el luchador romántico que con Guyau creía en la profesión universal de Hombre, y con Rodó en la elevación y orden ariélicos del pensamiento para encauzar armoniosamente la vida. Y nos cuesta convencernos de que, sobre este mismo escritorio ante el cual tantas veces Alfredo L. Palacios se sentara a escribir y a leer, estamos hablando de su muerte.

Seis décadas de la historia argentina de este siglo le vieron en el escenario de las grandes luchas, y como abanderado de las grandes causas, con el ardor de los que quieren hacerse oir porque se sienten portadores auténticos de la verdad, y con el equilibrio de un espíritu lúcido nutrido en todas las fuentes del saber, en una avidez de cultura ecuménica con la que pocos podían competir.

Fue el hombre de las actitudes definidas, en su gran trayectoria que arranca de 1904, cuando le correspondió el honor histórico de haber sido el primer diputado socialista de América, hasta el instante de su muerte que, curiosa coincidencia, le sorprende también como diputado, pero que, para nosotros, se clausura con el epílogo rotundo de su insólita gestión como embajador argentino en el Uruguay, país que amó tanto por ser, aparte del de sus padres, el país de Batlle. De allí en adelante, discrepamos profundamente con ciertas actitudes y bien que nos apresuramos a reprochárselas —pero reconociendo que ese tramo posterior no puede, en el balance final, contrarrestar los perfiles decisivos de un individuo que, en vida, había entrado desde mucho tiempo atrás en la historia política de América.



Con Don Rafael Batlle Pacheco, en una visita a EL DIA.

Palacios, que fue asumiendo a los ojos del pueblo rioplatense, una encarnación de símbolo, del cual él mismo no podía escaparse, se multiplica en el episodio, chispea en el dicho ingenioso, se dispersa en actitudes exteriores, por las que hay que adentrarse para mondar lo superfluo y descubrir en su integridad, al ser humano valioso y señorial, insolente y aristócrata, campechano y orgulloso, perpetuo rebelde, hombre de una época que fue toda una época él mismo. Por eso dejamos de lado lo anecdótico, con ser tanto lo que en esa materia pudiéramos decir, pues resultaría demasiado fácil evocarlo a través de las actitudes que él mismo brindara a la crónica risueña de cada día.

Tenía el fervor de los antiguos ideales caballerescos, siempre enhiesto el penacho mosquetero, siempre recio el carácter y templado para la adversidad el ánimo viril, fijada para el futuro la gran estampa agresiva y batalladora. Fue el patricio de las grandes resoluciones, que moralmente valen más que los grandes ademanes. Porque debajo de la exhibida arrogancia temperamental, estaba el sustento de una firme conciencia rectora, única consejera de un ser ingobernable que sólo acató sus propias consignas. Y por encima del énfasis tribunicio, debajo del atuendo desusado que fijó una época —la de su juventud arrogante—, en una adhesión vitalicia al viejo culto de los valores románticos de la conducta; más allá de los bigotes erguidos y la melena sospechosa —resabio del jopo varonil de los "muchachos" del 900—, latía un hombre entero.

Tuvo un mesiánico concepto de su misión social, el ciudadano que rechazó la Legión de Honor porque el gobierno que se la concediera había clausurado un congreso obrero. Tuvo un sentimiento profundo de tolerancia el varón sentimental que nos recomendaba "no ser coleccionista de agravios". Tuvo un sentido ingénito de la dignidad aquel que en plena pobreza no aceptó, cierta vez, que se le retribuyeran unas conferencias, porque habiendo él invitado años antes al invitante de hoy, en iguales circunstancias de apremio económico, temía que el otro dijera "que le iba a cobrar un favor"! Fue definiéndose desde un comienzo su militante desinterés, a partir de aquel cartel que en su flamante estudio de abogado joven, avisaba que se atendía gratis a los pobres. Nunca fue rico, porque no entraba en su carácter la preocupación de hacer fortuna, mas fue su riqueza no haber contraído deudas nunca, preciándose de no haber firmado vales ni pagarés, y prefiriendo, llegada la hora, el decoro de su bolsillo liviano y la sabida austeridad espartana de su mesa hospitalaria.

Palacios hizo de su vida un largo ejercicio de justicia, de entusiasmo, de fervores, sostenidos hasta el sacrificio, cuando los años le obligaron a duplicar el esfuerzo para mantener la apariencia de una juventud que fue indoblegable. Era valiente, generoso, leal y bueno. Bajo la actitud afanosamente estatuaria, latía un corazón cálidamente humano y abierto a todos los reclamos universales.

Sorprendía siempre, por hábito que se tuviera de su presencia y su modalidad. Eran agudas las respuestas, tan rápidas como manejaba el florete. Le bullía la travesura en las ocurrencias. Le caracterizaba una malacrianza que gustábale exhibir como un reto a las convenciones, llevada a veces hasta la impertinencia. Tenía sus supersticiones y sus peculiaridades, resabio de sus estudios teosóficos, cuando fuera, a comienzos del siglo, fundador de la Rama-Luz, con Ingenieros y Lugones.

Personalidad compleja que siempre causó revuelo —hasta los desórdenes en su sepelio eran de preverse—, en una burla póstuma nos escamotea la posibilidad de abarcar con orden, así fuera en resumen fulminante, los



Palacios, con el Almirante Isaac Rojas, en ese momento Vicepresidente de la República Argentina, y el ex Presidente uruguayo, Ing. José Serrato, en el palco, durante la ceremonia de colocación de la piedra fundamental del monumento a Don José Batlle y Ordoñez.

aspectos salientes de una existencia que para los más se detiene en lo accesorio, limitada por la llamativa imagen conseguida a través de un poncho, un traje negro y un par de bigotes mosqueteros.

Porque aquel Palacios que vivió mostrándose, alardeando de su accesibilidad, de puerta abierta y mesa franca de hospitalidad siempre dispuesta y bolsillo olvidadizo, fue un hombre profundamente reservado, celoso de sus pensamientos más hondos, casi reticente, con un viril pudor de confesarse de todo aquello más íntimo y sagrado que a veces, en los instantes en que lo dejó asomar, le ponía lágrimas en los ojos.

Jactancioso, inmodesto, sabía su valer y lo ostentaba, con una vanidad simpática, que más que molestar, arrancaba sonrisas. El público fue el gran culpable, pues le mimó y halagó toda la vida, aplaudiéndole hasta las destemplanzas. De cada gesto se desprendía una anécdota, de cada conversación quedaba una frase para retener y repetir. Así su biografía se presenta de densa y copiosa. Pero del haz de hechos singulares que protagonizó, del anecdotario vivo, jugoso, pintoresco, risueño o trascendente, se levanta la silueta aguerrida de aquel demócrata combativo que tuvo, por encima de todo, la pasión de la vida pública y el amor vehemente de la libertad y la justicia.

No era alto, pero su prestancia física engañaba con la apariencia de una estatura que no poseía. Su paso ágil, su andar elegante, su risa cautivadora, su bonhomía, su característico atuendo: traje negro en invierno y blanco en verano, la camisa de seda y la corbata de moño negra, el famoso chambergo y, en los últimos años, aquel célebre ponchito de vicuña, más adorno que abrigo, sustituyendo la ancha capa que llevara hasta no muchos años atrás, configuraban una gallarda presencia, difícil de olvidar.

Viajó mucho y por muchos países. Europa y América —que recorrió íntegramente de Norte a Sur por tres veces—, y hasta tierras de Oriente —pues aun a los 78 años, en octubre de 1956, fue a Israel a inaugurar la Cátedra Argentina—, vieron pasar al ilustre político cuya cultura excepcional había ido ensanchando horizontes al contacto de medios y hombres de otras razas y otras civilizaciones —y baste recordar su erudición asombrosa en materia bíblica en la que podía competir con los más doctos especialistas.

Alfredo L. Palacios, que nació el 10 de agosto de 1878 —fecha de cuya autenticidad damos fe, pues la vimos en documento incontestable, la Libreta de Enrolamiento— fue a lo largo de sus 87 años magníficamente vividos, un nombre que se desdoblaba en dos caras, como las medallas. Nadie más popular en el Río de la Plata. Nadie menos conocido. La espectacularidad de todos sus gestos, distrajo sobre el otro Palacios, grave y reflexivo, al que le dolía la juventud perdida y le pesaban, sentimental impenitente, las memorias que se le agolpaban en el corazón. El Palacios pintoresco, ameno, cultivador voluntario de su "divismo", nada tiene que ver con el otro melancólico y pesaroso que hacía recuento de lo andado, con la callada amargura de ver pasar el tiempo.

Su drama fue sobrevivir, seguir siendo testigo de sí mismo, cuando ya la edad cronológica de la juventud no coincidía con la temperatura interior de su alma. Hubiera hecho, de serle posible, como Fausto, el pacto estupendo. Pero el tiempo cobra siempre sus tributos, y le exigió un duro precio por el don de una larga vida intensa y gloriosa, y de una inteligencia privilegiada que mantuvo alerta hasta el fin.

Quede para la posteridad, empero, la estampa legendaria que él hubiera preferido. La del bizarro espadachín, galante y aventurero, que halló modelo en los héroes de Dumas al punto de releer cada vez que podía, y llevarse a la cárcel los tomos cada vez que los azares de la política le conducían a prisión, las andanzas de los Tres Mosqueteros. Tenía de Athos, la distinción, la astucia, de Aramis, de Porthos, la bondad. Pero su ideal era D'Artagnan, tan hermano del de Bergerac. Ahora, D'Artagnan ha quebrado el acero. Pero anda la leyenda en pie, y cada vez más aquel hombre desconcertante, de genio aborrascado pero incapaz de rencores, díscolo pero tolerante, irritante y encantador, que fue un perpetuo contrasentido, irá ganando el corazón de generaciones que se sucedan, como el Maestro de la Juventud tan amada por él y en la que depositaba toda su fe para forjar el futuro. Le doró la vida el resplandor de su honradez, le animaba el empuje de construir, le rozaba la frente un gran viento de libertad, la poesía le encendía los labios. Cuando le vimos por última vez, ya en cama, en julio del año pasado, nos hizo detener, cuando nos íbamos, para repetirnos los versos de un admirable poema que nos dedicara Juana de Ibarbourou, a propósito de "Los barcos de la noche", y que a Palacios siempre complacíale recitar:

—¡Oye, la "capitana": **mi barco que se cruza con el suyo / rumbo al Oeste / la saluda al paso"!**...

Y un gesto de la mano en el aire confirmó la despedida. Ahora... ahora, recordándolo, se carga de significado.

Y todavía no nos damos cuenta de que haya partido Alfredo L. Palacios, uno de los seres más excepcionales que hemos conocido, prócer irrepetible, nombre duradero de la historia de América.

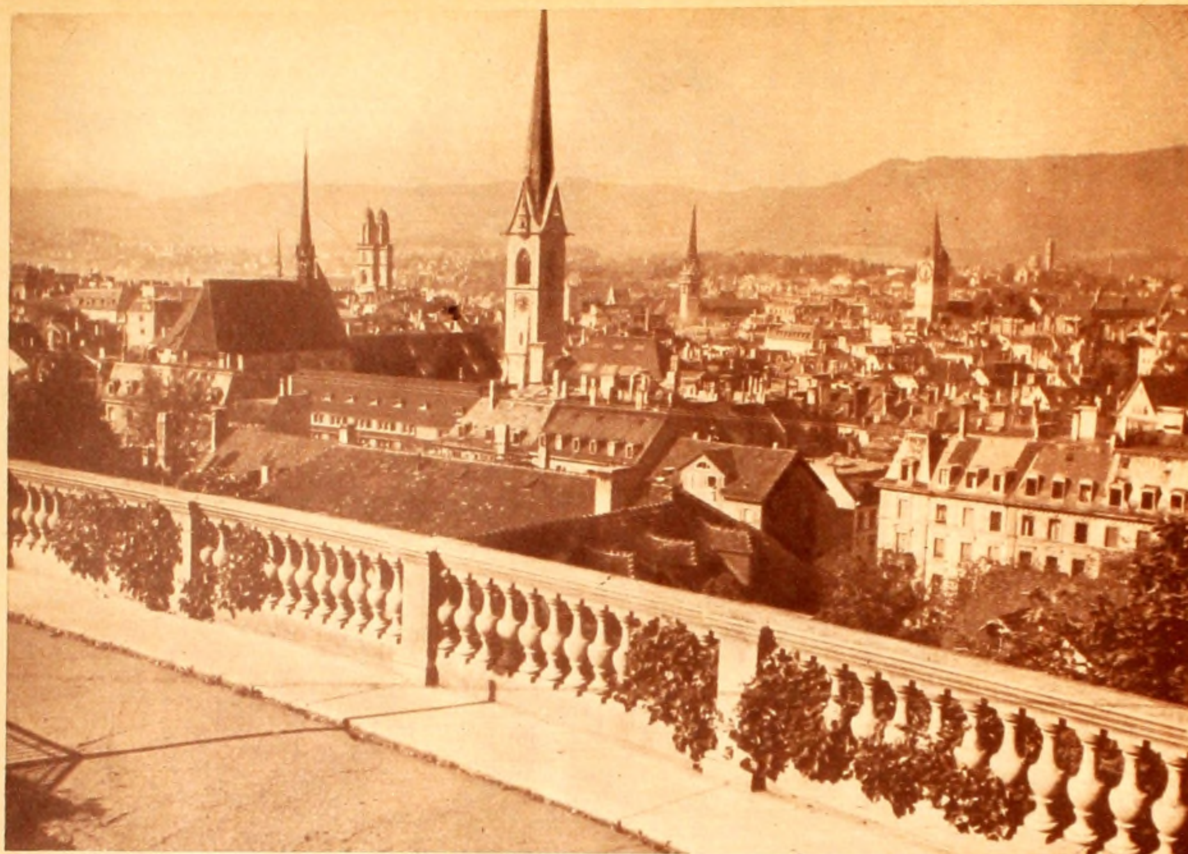
Dora Isella RUSSELL

(Fotos del archivo de la autora)

(Especial para EL DIA)



"Este que veis aquí de ancho sombrero
con la pluma rosada muy donosa,
es Alfredo Palacios, mosquetero,
sabidor e galante, que faz verso e faz [prosa;
nunca dexó de amar mujer fermosa..."



Zurich desde la terraza de la Escuela Politécnica Federal.

El Eje Alemánico de Suiza

DESDE el cantón Ticino, hermoso, apacible y vital (y cómo no habría de serlo si su gente habla el italiano), un modernísimo tren expreso — grandes ventanales y decorados en colores muy claros — me deja en Zurich, y su medio millón de habitantes; la ciudad más grande y poblada de Suiza, centro donde se anudan casi todas las comunicaciones ferroviarias y aéreas de Europa. Pero eso no bastaría, por cierto, para que volviera por tercera vez a esta ciudad de lengua alemana, más exactamente de dialecto alemánico, pues esto es lo que habla su pueblo. Sus raíces históricas tienen 5.000 años, y en su sangre resta algo de común con nosotros: la de las tribus celtas que poblaron sus ciudades lacustres 500 años a. C. Tampoco esto explicaría esa particular atracción que me hace permanecer en ella, y en su vecina Basilea, más de una semana de un otoño frío y ventoso, y sobre todo cuando traigo la piel impregnada y tostada por los soles de Grecia e Italia, que no incita desde luego a encuadrarse y sujetarse a esta ciudad que se jacta de ser la patria de Pestalozzi, padre tan suizo de la pedagogía. Atracción que ha llegado al extremo de ubicar en ambas ciudades el nacimiento o el origen de dos de las protagonistas de mi novela "Límite de Clase", que acaba de publicar Editorial Sudamericana.

Camino por la Bahnofstrasse (calle de la Estación), avenida de ricos y elegantes comercios; las guías la señalan como "la calle de las compras", una de las típicas ocupaciones de todo turista; si se resiste esta especie de psicosis del primer día, es casi seguro que uno se alejará indemne de cualquier ciudad. Paso ante la arbolada plazuela que cobija la estatua de Pestalozzi guiando a un chico, y sigo entre los escaparates tentadores de tienda,, relojerías, casas de artículos fotográficos. Por la calle "resplandeciente de luces" como se escribía en 1910, época de su arquitectura, avanza un tranvía número 13 (acaso una cortesía del destino, pues trece letras tiene mi nombre y apellido y el título de todas mis novelas); un tranvía muy 1960 silencioso, rápido, elegante, angosto y hasta pensativo como una pieza de dominó; y con esos colores celeste y blanco, tan tiernamente familiares para nosotros cuando estamos lejos y que, también, son los colores del cantón de Zurich.

En un cruce de calles, entre austeros edificios, mi vista se va tras una, la Rennweg, que se tuerce y retuerce en ese antiguo barrio de St. Peter y de la Fraumunsterkirche (Iglesia de Nuestra Señora), pleno de exposiciones de artistas plásticos, de anticuarios, de misteriosos bares y cafés, en alguno de los cuales, pese a que la gente es muy libre en sus costumbres, no es posible tomar bebidas alcohólicas.

Es como si de golpe apareciera Pestalozzi o la sombra del reformador Zwingli, cuya severa figura en piedra he visto al lado de las de Calvino y Lutero. Pero deben aparecer sólo un instante y se van en cuanto los zuriqueses recuerdan que también tienen una pizca de sangre romana, de la época en que las legiones construyeron el *Castellum Turicum*. Entonces, desde casi todos los bares se escuchan cantos, coros improvisados. Cantan, beben y son felices; pese a que André Gide dijo que tienen una moral de coníferas en comparación con la moral de palmeras de la gente del Mediterráneo. Comparación botánica que da mucho para pensar

Sigo impertérrito por la Banhofstrasse que ahora tuerce en dirección del lago de Zurich. Brillan las luces. ¿Cómo habrá sido en tiempos de Benvenuto Cellini? El orfebre exclamó muy meridionalmente: "¡Zurich, ciudad maravillosa o brillante como una joya!" Su comparación tenía que ser con una joya, como para Gide, tan esencialmente francés, debía ser de fondo moral.

Ante que los escaparates iluminados como suele sucederme en los museos, prefiero contemplar los seres humanos. Además, tengo a mi costado a mis personajes; un novelista jamás puede estar solo. Colette, mi amada Colette, que logró ser genial porque inteligentemente conservó su instintiva femineidad, dijo: "Zurich, amor a primera vista". Flechazo. ¡Y yo que me imaginaba tan juiciosa!" No creo que pueda escribirse algo más femenino sobre una ciudad. Además, Colette, la tierna, tenía que pensar en lo que más le costaba: ser juiciosa. De primera intención suena pueril citar frases de grandes creadores para descubrir en una ciudad lo que somos incapaces de ver pero ¿cuál otra es la misión del artista sino la de enseñar a ver? Picasso ha modificado la manera de ver de un medio siglo.

Prosigo la ronda entre edificios "neoclásicos" de comienzos de siglo, hasta que desemboco (desembocamos) en la plaza Burkli y el Lago, ya sin las blancas velas de los barcos y las lanchas con techo de vidrio para los turistas del verano. A la izquierda y sobre el río Limmat, el puente del Muelle (Quaibrucke); más allá, la plaza Bellevue con su muy "belle époque" Teatro del Estado; a la derecha, el gran salón de actos del Kongresshaus, donde escucharé a Ray Charles y su orquesta de jazz entre el clamoroso y muy ordenado entusiasmo de la rubia adolescencia de la ciudad. En el muelle, recortándose contra el fondo negruzco del agua y de los Alpes, la figura en bronce de Ganimedes y Zeus metamorfoseado en un aguila seria y reposada, excelente escultura de Hermann Hubacher. La mayoría de las estatuas y figuras que adornan jardines y hasta los frentes de edificios son neohelenísticas y de temas mitológicos. He aquí que la Bahnhofstrasse, la espina dorsal y económica de Zurich, corre entre Pestalozzi y Ganimedes, entre la pedagogía y la mitológica fábula del copero del Olimpo raptado por el padre de los dioses. Y esta avenida bien pudiera ser resumen del espíritu zuriqués.

Sábado a las 7 de la noche en el parque-terraza ubicado enfrente del inmenso edificio de la Escuela Politécnica Federal y en una de las largas colinas que forman el valle por donde corre el río Limmat. Apoyado en la balaustrada, entre rosales y bajo los árboles, diviso la ciudad iluminada. Imposible escapar a la metáfora criolla de un enorme brasero.

Principian a tañer todas las campanas de Zurich, como sucede desde la Edad Media cuando la Abadesa de la Fraumunster era prácticamente la soberana del Cantón; anuncian que ha terminado la semana de labor y comienza el descanso dominical. Una lluvia sonora que durante 15 minutos estremece el corazón de cemento, mármol y bronce de la ciudad de Honegger y de las hermosas fuentes. Las torres se iluminan. Distingo las del castillo del Museo Nacional, que guarda una admirable colección de tallas medievales policromadas, de cuadros, trípticos y polípticos de la misma época dentro de una ordenada exposición histórica de la cultura y arte suizos. La estación del ferrocarril semeja una tortuga cuaternaria de caparazón iluminada. Los puentes brillantes de luces atraviesan el Limmat. Muy cerca la torre afilada como una daga de la Predigerkirche; más allá, la Catedral con su par de torres en un frente sin portal ni puertas, la más grande iglesia románica de Suiza. Siento a mi lado a la señora de Morgenstelle, una de las protagonistas de mi "Límite de Clase", para muchos un ser monstruoso, para ella y para mí, acaso, el único que ama de verdad, en forma absoluta. La escucho, mejor dicho percibo su anhelante silencio entre las riquísimas tonalidades de las campanas. Muy cerca, entre juegos de luces, el encanto barroco del edificio de la "Meise" y el renacentista del que alberga el Ayuntamiento. Del otro lado del Limmat la cuadrangular torre de San Pedro, en cuyo cuadrante, el más grande de Europa, los minutos saltan rítmicamente. En



El lago de Zurich, visto desde la catedral.



Talla en madera policromada, de un altar de final del siglo XV (Museo Nal. de Zurich).

...posición, la fina, la grácil, la femenina torre de la Fraumünster con su hermoso claustro románico. En el mismo ...rrio las históricas casas de las Corporaciones; en el res...urante de la de los Carpinteros (siglo XVII) se come ...rosamente. Más allá del riacho Sih., las torres de las ...esias de San Jacobo, y de San Pedro y San Pablo; y el ...ndo sonoro de las campanas en los prados y la casa de ...atilde Wesendonck, donde Ricardo Wagner escribió "Tris...n e Isolda", la música de "El oro del Rin", de los primeros ...os de "Sigfrido" y de la "Valkiria". Frau Morgenstelle ... mira imperiosa, como si hubiera olvidado lo más im...rtante de Frau Wesendonck, pues que ella también en...ñó por amor. "Engañar" es la palabra más absurda que ...ede aplicarse a tal acción. La casa de la "Colina Verde" ...nsformada en el museo Rietberg, guarda hoy una riqui...a colección de arte oriental, que el barón von der Heydt ...nó a la ciudad. El *Nataraja*, "Siva danzante", me parece ...más admirable de ese grupo de bronces de la India Me...rional, del siglo IX al XV, y que sólo puede compararse ...del Museo de Madrás. Siva pese a ser el dios de la des...cción carece de la dramaticidad occidental, pues la muer... es sólo el comienzo de la transformación, de la reencar...ación. Sucede así, aunque nos suene paradojal, que por su ...to y significado es el dios de la trinidad hindú que más ...eeja al griego Dionisios, el Baco romano. Su cara está ...a de esa misteriosa voluptuosidad contenida que parece ...raíz y esencia del arte oriental, y que los occidentales ...nos recibido sólo como instrumento. Instrumento que he...s creído agotar, con imponderable frivolidad materialista, ... una búsqueda formal del placer. En el prado, desde el ...l se domina el lago, he sentido a mi lado a Amrei Mor...gstelle, caminaba con ese paso leve y ferviente del que ...a y admira, con ese paso feliz del que no quiere ni cree ...sible comparar ni juzgar; protegida, acaso, por Mahamaya, ...a de la ilusión, que oculta la verdad eternamente in...esible para el hombre.

Luego de escuchar en el Stadttheater, "Historia de ...dado", de Strawinsky, con esa deliciosa letra de Ramuz, ...más grande de los escritores suizos de nuestro siglo y ... tan injustamente olvidado, amén de contemplar los ...s y graciosos decorados de Hans Erni, cuyos dibujos ...enudo son comparados a los de Picasso, entro (entra...) a uno de esos singulares bares-restaurantes de la calle ...dui, cuyas paredes están adornadas con cuadros, desde ...go originales y no reproducciones, de Picasso, Leger, ...rquet, Braque, Juan Gris, Hans Erni, Rouault y Matisse. ... nuevo, estoy rodeado por mis personajes; a algunos, ... mi desesperación, no logro *verles* la cara, los conozco ... sus acciones y voces. A dos de los protagonistas: a la ...ica Frau Morgenstelle y al grumete Henrich Gerber. ... logré verlos *reencarnados* dos años después, cuando ...eran una obsesión. Los seguí como un poseso por las ...es de Mendoza. "Me siento mejor; este aire fuerte me ...ma; tengo conciencia de mi fuerza. En cuanto decaigo ...e debilito ya no soy nadie por haber querido ser *todos* ...rado del perfecto novelista), por temor de no ser nada ... que *cualquiera*". Esto lo escribió André Gide, en el ... 1912, en Zurich.

Rumbo al hotel, luego de visitar la "Librairie Fran...e", sigo la quebrada calle Niederdorf cuyos bares, café...antes, boites, y lugares de las más variadas diversiones ...ecen no dormir jamás. Los hay de todas las nacionali...es como la gente que pulula en ellos. Los hoteles y ...s están llenos de camareros italianos y españoles que ...en por temporadas y para cosechar los buenos francos ...os. Cantos y bailes *flamencos;* extraña denominación ... nada tiene que ver con Flandes y deriva en cambio de ...ndo el rey San Fernando conquistó Sevilla con sus tro... francesas y a los campesinos despojados de sus tierras ...es llamó "fel-la-mengu" (labrador desposeído). ... Suiza para remirar detalles. Todas las fuentes públicas ...en un recipiente a la altura apropiada para que los ...os puedan beber. ¡Increíble deseo de ser perro, un perro ...o y educado y mirar a los hombres a mayor altura! ... Escucho ruido de cencerros. Ato cabos o Frau Mor...stelle me lo sopla con su cara aún sin facciones: pueden ...retrasados de la "Noche Vieja", del calendario Juliano, ...a cual los muchachos de Appenzell se disfrazan de ...olás sucio" o "Nicolás bonito" — espíritus del mal y ...bien — y cargados con grandes cencerros van de puerta ...uerta cantando y bailando esos "yodel" largamente mo...dos, hasta que los obsequian un vaso de vino caliente ... buenos hacen temblar a los espíritus malos y los arro...al fondo de los bosques; no siempre, lo demuestran la ...tinergasse y la Niederdorfstrasse. ¡Los vinos blancos ...Vevey y los tintos de Sion, donde nacían las rojas rosas ...Rainer María Rilke!

En la mesa de luz de mi Hotel du Theatre (cuyo ...edor semeja un menudo palco escénico en el cual no ...uede beber vino), aparece un plato con tres cajitas de ...olate suizo y una servilleta que tiene impreso un "Bue... noches" en cinco idiomas, inclusive castellano. Como ... ruborizar a todos los fantasmas de mi imaginación.

(Especial para EL DIA) *Abelardo ARIAS*

(Fotografías de Giegel y de Anteo Silvio Savi)



La catedral del siglo XII y de estilo románico.



El río Limmat y la iglesia de Nuestra Señora.

MIRADOR

HOLANDA, EL PAIS DE LOS LADRONES

Cornelis Lely era un hombre genial. Ingeniero e ingenioso, concibió, a fines del siglo pasado, la inverosímil empresa de robarle al Mar del Norte el inmenso golfo del Zuyderzée. Según él, en las trescientas cincuenta mil hectáreas que cubrían las aguas del mar, podría instalarse una población de agricultores de trescientos mil habitantes. Sería como sacar del fondo del mar una nueva provincia. El la imaginaba con filas de árboles que detuvieran los vientos, canales para que se movieran los granos, molinos de viento... Un sueño absurdo, que sólo podría realizarse cerrando la boca del golfo con un dique de treinta y dos kilómetros de largo, que convertiría ese trozo del mar en un lago. Luego, se vaciaría el lago y se le cambiaría el agua salada por dulce. Dentro del lago, como era bajo el fondo, se irían formando tres islas enormes. No amontonando tierra, sino trazando tres fabulosos cuadros de terraplén, y secándoles el fondo. Así, en un nivel más bajo que el del mar, se harían huertos y pequeñas ciudades. En realidad, ¡en el fondo del mar!

Jamás a otro mortal se le pudo ocurrir una reforma agraria semejante. Lely decía a los holandeses: "Sois gentes sin tierras: todo lo estáis cubriendo de tulipanes, y nos hace falta granos y hortalizas. ¡Las tierras del fondo del mar, donde podríamos establecer a los agricultores, están ociosas!". El discurso, por loco que parezca, cayó muy bien en el pueblo de ladrones de las tierras del mar. Los holandeses, por siglos, habían venido luchando contra la naturaleza y moviendo sus fronteras no para invadir a las naciones vecinas, sino para echar el mar costa afuera. Las palabras de Cornelis Lely quedaron flotando en ese aire de Holanda que muelen los molinos de viento y da una harina que fermenta en sus cerebros quijotescos. Treinta y seis años después de que Lely echara a volar su sueño, los holandeses, en 1927, decidieron convertirlo en una realidad. ¡En cinco años hicieron el dique! Cortaron el mar en dos.

Hacer un dique de treinta y dos kilómetros no era menos que levantar en Egipto las pirámides. Holanda, la de las sábanas de tulipanes, no tiene piedras. Se trajeron las piedras de Alemania. Con esas piedras fue formándose una no muy diminuta cordillera submarina de siete metros y medio de altura sobre el nivel del mar. La cresta del dique tiene noventa metros de ancho: la aplancha una magnífica carretera. Desde el automóvil vemos, de un lado, las aguas crespas del Mar del Norte; del otro, las aguas tranquilas ¡de un lago de agua dulce! De un lago en donde ya comienzan a tomar vida las islas que soñaba Cornelis Lely. "Los problemas que este lago nos ha creado...", dicen los administradores de la provincia que está formándose en el antiguo fondo del mar. Y explican: antes, hace poco menos de treinta y cinco años, el golfo de Zuyderzée era una reserva de 350.000 hectáreas de pesca. Los pescadores sacaban arenques y anchoas. Ahora, ya no quedan sino 140.000 hectáreas, y de agua dulce. No hay sino anguilas y carpas. Los pescadores de agua salada no son como los de agua dulce. Los campesinos han invadido la zona de las gentes de mar. Ha sido necesario adelantar programas de re-educación, pensionar a los viejos pescadores, ofrecerles créditos especiales para que se inicien en otros oficios.

El proyecto que está en marcha consiste en reducir a un pequeño lago lo que fue un enorme golfo, haciendo tres grandes islas. Son tres islas invertidas, que en vez de surgir sobre las aguas quedan bajo el nivel del mar. Se llaman "pólderes". Y están hechas dos. Una isla se hace en cinco o en siete años. La primera se hizo entre 1937 y 1942. La segunda entre 1950 y 1957. La tercera está en proceso de fabricación. Las que ya están concluidas tienen sus campos verdes, sus caminos asfaltados, sus árboles enormes, sus ciudades con hoteles, iglesias, campanarios, tiendas... Cuando visitamos la ciudad de Emmeloord, en el centro del primer "polder", encontramos a la entrada este aviso: "Bienvenidos al fondo del mar". Delante del hotel, hay una enorme ancla: estaba allí cuando se secó la tierra. El hotel es como el mejor de Amsterdam: alfombras, luces, criados de pechera almidonada, servicios de plata... "Querría —le digo al criado— llamar por teléfono a París". Me indica la oficina de los teléfonos, la empleada me pregunta en perfecto inglés el número, hace girar el disco, y me señala la cabina número tres. Hablo con mi gente de París. No he perdido un minuto.

Esta isla de Emmerloord nació en 1942. Entonces, la tierra estaba seca, pero era el fondo del mar en crudo. Había que evitar que la nueva tierra se convirtiera en campo de malezas. La solución más sencilla era sembrarla de cañas. Las cañas ayudan a secar el terreno y son fáciles de destruir. Se plantaron con helicópteros, cumplieron su función, y pronto la tierra estuvo lista para sembrarla de trigo, cebada, alfalfa, coles... La tarea entonces se redujo a construir buenas casas de ladrillo para los campesinos en perspectiva, tener pequeñas ciudades con escuelas, hospitales, iglesias: llevar agua, teléfono, luz y gas a las casas; aprontar los canales para el riego y la circulación; dejar como de terciopelo la superficie de las carreteras, listas las estaciones de gasolina... en fin, todas esas pequeñas cosas elementales que le permiten al europeo, lo mismo en esta isla que en Amsterdam, hablar por teléfono con París, ver el programa de la televisión, leer el periódico del día.

Como los israelíes han hecho brotar los bosques de las peñas más duras, los holandeses han sacado sus islas del fondo del mar. Son los ejercicios que se hacen en la tierra, mientras los hombres andan volando entre la tierra y la luna.

LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE EXPERTO

No hay persona que pueda poner en duda lo que Sartre representa como escritor, dramaturgo, cabeza de un grupo filosófico. Cuando se le otorgó el Premio Nobel, toda la prensa de Francia le rindió justísimos elogios. Como experto latinoamericano, en cambio, sus conocimientos son los de tanto periodista que llega a nuestras playas o no llega, y se gradúa de conocedor con cuatro artículos de periódico. Todo en él proviene de que hizo una visita a La Habana, y encontró en Castro un caudillo que ejerció sobre él la mayor fascinación. Al morir Togliatti, dijo Sartre que sólo dos políticos le habían dejado una impresión de seres superiores: Castro y Togliatti. Esta confesión conmovedora de su culto a la personalidad le honra por lo que hay en ella de espontáneo y sincero. Pero de ahí a suponer que este filósofo pueda erigirse en el grande experto europeo sobre los asuntos de Venezuela, de Colombia, del Perú... hay alguna distancia. Sólo nosotros podemos medirla, como que llevamos generaciones de ver desfilar fugazmente a europeos o norteamericanos, que de regreso a sus mercados comunes llenan volúmenes, y pontifican. En el caso de Sartre hay un ingrediente nuevo. Trata de informarse, así se mueve estrictamente dentro de las líneas de su partido. Ve lo que ocurre en Colombia, de acuerdo con las agencias que le sirven. En el último número de su revista ha dedicado ochenta páginas —casi la mitad de "Les Temps Modernes"— al testimonio de un periodista francés que pasó unos meses con los guerrilleros de Venezuela, con los de Colombia, con los mineros de Bolivia, rodando por las calles de Quito y de Lima, acercándose a las gentes que en la Argentina se encuentran en la frontera del comunismo y el peronismo...

La publicación no ha sido vana, o ha estado calculadamente sincronizada con una batalla de prensa en que le han hecho coro periódicos tan notables como "Le Monde", en cierto modo el diario de Europa. En "Le Monde", un desconocido líder de la izquierda colombiana ha ocupado la primera página —cosa de que jamás gozó antes un colombiano conocido— haciendo la descripción de unas cuantas repúblicas independientes que se han establecido dentro del territorio colombiano. En ellas, unos labradores pacíficos y apostólicos han formado en torno a sus huertos algo cuya perfección conmueve. El lector europeo ha descubierto en esa media docena de estados de utópica estampa las repúblicas con que soñaba Voltaire en "Candide". Ya hay quienes no alcanzan a explicarse cómo en la fachada de trapos de colores de las Naciones Unidas no aparecen las banderas de esos estados perfectos, que rodeados de violencia por todas partes, son islas de virtudes, embestidas por el odio y los rencores que en torno forman el mar bravo.

Para ser exactos, el joven presidente de una de estas repúblicas cazó a un campesino de los contornos y ofreció devolverlo a la familia si le daban quinientos mil pesos. El secuestrado no autorizó el rescate; al corazón del monte llegaron los soldados, ocurrió una pequeña batalla, murió el presidente y se encontró que dormía sobre un nido de ametralladoras y bibliotecas de libros traídos de La Habana. Hace pocos días, otras de las repúblicas movilizó sus efectivos sobre el pueblo de Simacota, habiéndole cortado previamente los hilos del telégrafo y el teléfono, y como consecuencia de la embestida quedaron muertos en el campo una maestra, dos soldados y creo que algún chiquillo. Cuidadosamente se saquearon las oficinas de la Caja de Crédito y de una agencia de cervezas, y la plata se trasladó a la tesorería de la república independiente.

Sería pueril reducir la historia de la violencia en Colombia a los dos episodios anteriores. Los secuestros, sí, se han convertido en un sistema casi normal de lucha de los distinguidos labradores suizos que se pintan en las páginas de "Le Monde", y que forman un cuadro tan literario como la república que Candide vio en la Guayana. La realidad es mucho más compleja, la violencia tiene otra historia, sin negar los orígenes que todos conocemos, que vienen de las dictaduras. Pero todo cuanto sepamos nosotros, es algo que no alcanza a despertar la atención del público, cuando quien se ha convertido en el experto se llama Sartre. Y no simplemente por ser Sartre, sino por la importancia de llamarse experto en cosas del tercer mundo, título que en realidad sólo valdría para entrar en los cuadros astrológicos de la regista Planeta.

Germán **ARCINIEGAS**

(Exclusivo para EL DIA).



DIBUJO DE VERNAZZA

¿Quién fue el modelo?

IVETTE GUILBERT LA PREFERIDA DE TOULOUSE-LAUTREC

TERMINAMOS de oir unos discos grabados hace sesenta años. Son reimpresiones que las nuevas técnicas permiten lograr al máximo. Nos traen al París del 1900. La "Belle Epoque", como se le dio en llamar. Es la voz de Ivette Guilbert, la gran vedette, la famosa "diseuse" inigualable de la canción francesa "Fin de Siècle".

Nos ha impresionado la expresividad cambiante y con matices de sorna, ironía, y un registro que ya logra conformar la gracia picaresca de las canciones licenciosas de entonces u ofrecer la túnica en la majestad de su última época, cuando durante la guerra cantaba en las catedrales leyendas bíblicas. Es decir, fue un arte, un gran arte y lo es, pero cobró, como tantas cosas que fueron siguiendo el camino, si no del olvido, sí el de la evolución de los tiempos, otros caracteres. Aquel que imprimió Ivette Guilbert a su tiempo fue único. Ayudaba a ello la figura impresionante de la "Vedette", vestida generalmente de verde, largos guantes negros, maquillada al blanco pasta con unas cejas marcadas hacia arriba, dejando que la línea fina de la boca, corrida hasta la sonrisa, se diluyera lánguida en unos labios que estiraban la sorda reconvención hacia una sociedad a la que castigaba con sus canciones, pero tan graciosamente como lo hacía Petronio con Eunice... Su público era poco menos que el esclavo de aquellas noches en que las candilejas de "Le Chat Noir" empalidecían ante los escotes y las joyas... En las del "Moulin Rouge", cuyas aspas iluminadas recorrían como mano abierta un cielo estrellado, e invitaban a su boca de fuego, donde el Can-Can alternaba con la canción, y se aglomeraban los noctámbulos empedernidos, incansables sombras de la noche, a ver y escuchar aquel espectáculo que harían inolvidable para la historia. ¡¡Ivette Guilbert!! Un nombre de leyenda. Conectado a un pintor de leyenda: Toulouse - Lautrec.

Mientras oímos esa voz que suena raramente acompañada de un piano con compás cinematográfico... Que apura los finales... Cuando las incisiones que marcan los cambios expresivos hincan las erres o sonríen la palabra, cuando mima la picardía, o el simulado enojo alternan, la vemos en la bruma del tiempo, aclarándose en los dibujos que el gran artista hiciera.

*

Ivette Guilbert nació en París en 1865 y fue educada en Normandía. Debutó en la "costura" como "maniquí" en 1883, en la famosa tienda "Au Printemps". Luego de haber tentado el Teatro, entró en el Café - concierto. Y en 1891 ya era célebre. De la Biblioteca que Saúl Sempol posee, de su señor padre, quien conoció y vio actuar a la Guilbert, extractamos del "Gil Blas Ilustrado" (12 de julio de 1891) una descripción que de ella hace René Maizeroy. «Un cuerpo delgado, esbelto, flexible, invariablemente enfundado de seda. Máscara pálida, extraña, inolvidable, donde brillan ojos burlones de "gavroche"; un cuello que no termina más... un puñado de cabellos rubios que terminan en un jopo de "clownesa".» Y prosigue: «Incomparable "diseuse", que pone un mundo en tres 'couplets" y muy pot-au-feu (casera) a pesar de su apariencia de "Flor del mal".»

*

Pero es sumamente curioso establecer cómo se fundó el primer café - concierto que después sería "Cabaret" de carácter internacional, "Le Chat Noir" (El gato negro). Rodolfo Salis, "pintor de poco valor", así se presentaba, y así lo hizo ante Emil Goudeau, promotor, tuvo la gran idea. Y en realidad, fue un grupo de famosos y geniales artistas los que crearon este local de "Divertissement". Precisamente allí se reunían nada menos que Jean Richepin, Charles Fremines, Mauricio Rollinat, Albert Samain, Hugues Delorme, Ziem, Cormon, Puvis de Chavannes, Manet, Degas, Pisarro, Detaille, Cezanne algunas veces, y otras en que trajo a Zola; y luego los grandes dibujantes de la época: Forain, Leandre, Steilein, Willete, Pills, Deboutin, Caran. D'Ache; el escultor Rosso, tan admirado de Rodin, Maurice Donnay y Jules Jou. Jules Lemaitre aseguró que el espíritu de "El gato negro" tuvo gran influencia sobre la literatura. Pero, lo más interesante es que luego de terminada la función, Charles de Sivry (cuñado de Verlaine) se ponía al piano, y Debussy, en mangas de camisa, y como batuta un tenedor, dirigía un coro en esta fantástica "asamblea". Así fue que se hizo célebre "El gato negro", y es la misma Ivette Guilbert quien cuenta esto en sus memorias, que titula "Otros tiempos, otras canciones".





Ivette Guilbert (1894) en los dibujos de Toulouse-Lautrec.

Hemos dejado a Toulouse - Lautrec, para "traerlo" precisamente ahora ante el escenario cuyas candilejas dieran luz para alumbrar su genio. Toulouse era enano, y su visual de abajo hacia arriba hallaba puntos de mira maravillosos para tomar las figuras que en el proscenio noche a noche le daban el movimiento, la gracia y el color, para realizar sus portentosos dibujos y pinturas. Por lo tanto, más que ninguno era infaltable. Y fue el que recogió más de aquel tiempo. De los apuntes del diario del señor Sempol (padre) anotamos lo referente a los dibujos de Lautrec: «Las siluetas de Ivette fueron usadas y difundidas en mil formas de publicidad en revistas, prospectos industriales, affiches, perfumes y cosméticos franceses. Ella cantaba el comentario sobre el ridículo... a veces un rictus de su boca, de finos labios, el rápido centelleo de una mirada en medio de su hieratismo, asumían una extraordinaria elocuencia expresiva. Ello era privativo del arte de esta "diseuse" única. Y justamente en esas actitudes genialmente sorprendidas por Toulouse - Lautrec, la silueta de Ivette Guilbert se difunde en todo el mundo a través también de ilustraciones y tarjetas postales, tan de moda a principios de siglo, y en propagandas múltiples, en las que siempre aparecía con aspecto de un trágico pierrot pelirrojo».

La impresión que causaron los primeros trabajos que sobre la artista realizara este genio del carácter, que fue en la pintura Toulouse - Lautrec, causa en principio desconcierto. En declaraciones que hiciera la famosa "diseuse" a un periodista, comenta de esta manera los dibujos: «Yo no quería... ¡oh!, yo no quería sus retratos; pero al fin, cuando luego de haber posado vi lo que había hecho, tomé un lápiz, y sobre el mismo original escribí: ..."pequeño monstruo... has dibujado un monstruo." En seguida me arrepentí, pues no hubiera querido ofender al artista, que era verdaderamente un monstruo. Con brazos de títere, una boca formada por dos violáceos "lévres enflées", y una nariz, verdadero mango de cafetera.» Severa crítica de la célebre artista, que más tarde sería una de las más grandes amigas y admiradoras del pintor genial, que la sorprendería en sus más fugaces gestos. Pero esta rastra que ahonda la observación, no tenía solamente admiradores. También, como todos los grandes artistas, tuvo grandes detractores. Maurice Lefévre, en "Los gestos de la canción", 1896, dice refiriéndose a Ivette Guilbert: "¡Hela ahí! ¡¡Larga sanguijuela sin sexo!! De cada lado de ese cuerpo invertebrado cuelgan, lamentables pingajos, dos tentáculos enguantados de negro." "Es que, en efecto, ella va a conducir el entierro de nuestra raza latina." Y Goncourt, en "Journal", 1893: "No, ella no es bella. ¡¡Un rostro chato... una nariz que no tiene nada de griego, ojos con relámpagos feroces... ..cejas levantadas, un poco satánicas, un enrulamiento de cabellos de un rubio rojizo, alrededor de la cabeza... un busto con senos colocados muy bajo!! He ahí la mujer'.'

Como puede apreciarse, los críticos de entonces no escatimaban "adjetivos"... Pero como en el escenario toda escena tiene su contraescena, Ivette tenía sus críticos favorables en número mucho más subido. De Paulus, el gran chansonier de su época, salía a la palestra... "¡¡Ivette!!" "Fue una revelación esta mujer joven, no linda, envainada en su estrecho vestido, cubriendo sus brazos delgados con largos guantes negros, y que cantaba sin los gestos explicativos de sus colegas. Inmóvil, subrayando solamente con el rictus de su boca, de donde salía una dicción original, seca, brusca, pero neta, subyugante, que se expandía, que no dejaba morir una sílaba de las palabras."



Ivette Guilbert, incomparable intérprete de Richepin y de Bruant, fue la modelo preferida de Lautrec.

*

La gran "diseuse", que compartía en su tiempo, y en distintas esferas, la celebridad nada menos que con Sarah Bernhardt, era agudísima y sensible a la vez. Sus conceptos pueden servir para cualquier artista en toda época. Traducen su exigente sentido del arte. «Para la comediante —dice— como para la intérprete, o la "diceuse" de canciones, la técnica es la misma. La ciencia del bien decir, del hablar bellamente, exige los mismos cuidados, los mismos estudios. A la articulación, a la pura pronunciación, cosas que están lejos de parecerse... hay que agregar el arte de alumbrar y de apagar las palabras, de sumergirlas en la sombra o en la luz, de achicarlas o de ampliarlas, de acariciarlas o de morderlas, de hacerlas surgir o esfumarlas, alargarlas o acortarlas, etcétera, etcétera... En una palabra, es necesario agregar todo lo que hace vivir un texto o lo hace morir, o palpitar con fuerza... con fuerza, color, estilo, elegancia o vulgaridad, y agregarle entonces: ¡¡LA DICCION!! Es decir, la puesta en acción del verbo, el análisis del texto, enriquecido de su composición expresiva, de su sentido exteriorizado "visible", pintado, esculpido, rendido, viviente.»

Tal fue la "profesión de fe" (como llamara a sus palabras) de Ivette Guilbert, la más completa de las comediantes de la canción de su época y la modelo preferida de Toulouse - Lautrec.

Eduardo VERNAZZA

(Especial para EL DIA)



Charles Baudelaire de perfil, grabado por Manet.



Maurice Utrillo. "Plaza des Abesse

SALON DE PINTORES Y GRAB

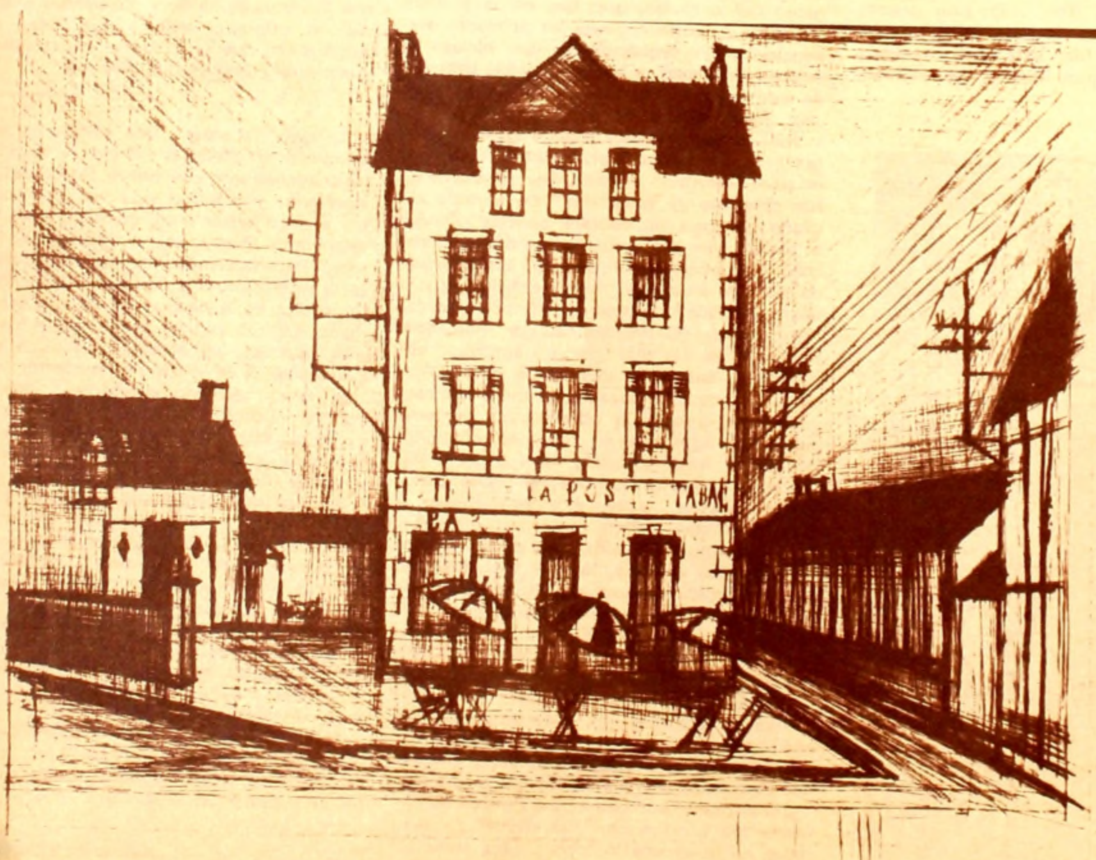
El Gabinete de Estampas de la Biblioteca Nacional ha acogido, del 8 de febrero al 7 de marzo, al 48 Salón de Pintores-Grabadores.

Con más de medio siglo de existencia, la Sociedad de Pintores-Grabadores franceses continúa defendiendo los principios que fueron la base de su fundación. Trata siempre de representar las diferentes técnicas del grabado en sus mejores tendencias; defiende la estampa original, debida al trabajo de un verdadero creador, contra todas las formas de reproducción, comprendidos los medios fotomecánicos.

No es, pues, en su exposición anual donde se ven esas planchas en las que el artista —que incluso puede ser uno de los más grandes nombres del arte actual— se limita a poner su firma debajo de una obra de la que es solamente el inspirador.

Los aficionados menos delicados sobre los procedimientos de ejecución, pero más atentos a la evolución de la estampa, pueden reprochar a los pintores-grabadores

el ser más representativos de los ing
que se obtienen que de los nuevos asp
del grabado. Se ha observado la falt
planchas obtenidas por laboreo comp
ricas sobre todo de una bella materia,
las que salen de las prensas de ciertos
badores, inspirados por los talleres
Friedländer o Hayter, y que han inva
las pequeñas galerías de la orilla izqui
El no-figurativo sólo estaba presente
Biblioteca Nacional mediante los grab
de Vieillard, las litografías de André



Buffet. "Hotel de la Poste" (Saint-Cast). Punta Seca.



Dunoyer de Segonzac. "La Cocinera" (Aguafuerte).

...RES EN PARIS

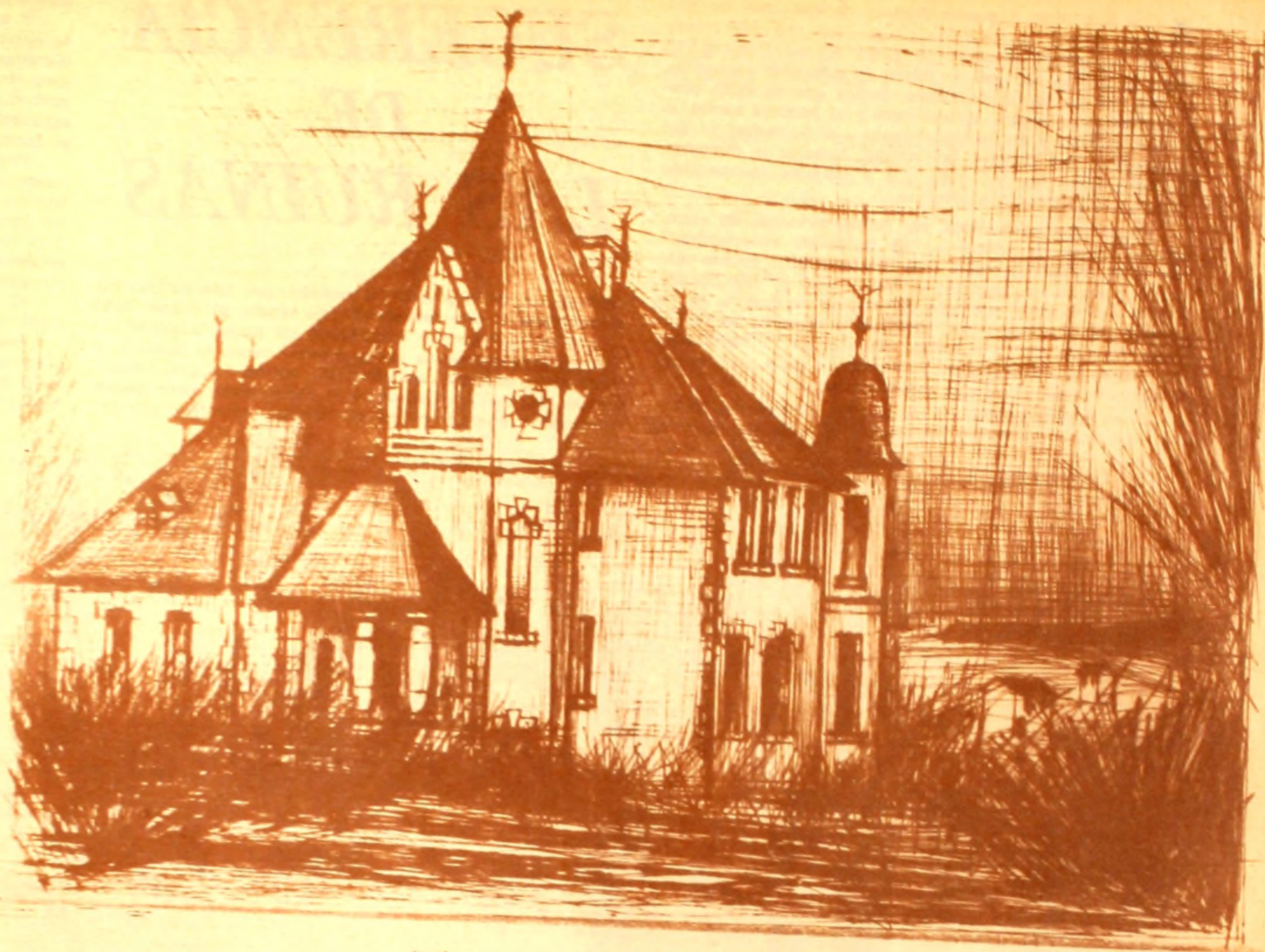
...n —de una inspiración bastante corta— ...de tres jóvenes "invitados" que prometen ...ucho: Christian Fossier, Francois Lunven ... el español Javier Vilató.

Por el contrario, se podía admirar ...ras de artistas consagrados como Dunoy... de Segonzac, Henry de Waroquier, ...douard Goerg, aunque se lamentaba que ...s láminas expuestas no fueran siempre ...cientes. Y sin embargo, el visitante se ...tenía bastante ante **La Cuisinière**, las ...tentes **Ondines** del segundo y las "filles-...uttes" del tercero.

Entre los maestros ya clásicos, a los ...e se reservó el sitio de honor, y las espe...nzas de una vanguardia un poco espa...ada, una exposición como ésta logra refle...r los aspectos esenciales de la estampa ...ntemporánea. El público lo ha compren...do y ha sido muy numeroso, más nume...so que hace algunos años. Claro está, los ...icionados prefieren ante todo el color. ...ro podían precisamente delectarse con las ...ografías refinadas de Minaux —su **Bou...et d'automne** es un logro— con las de ...gène Clairin, que ha sabido renovarse, ...mbién con las del joven Bardone, de un ...canto un poco tímido; pero no se com...ende muy bien lo que aportan al color ...ros grabadores, Buffet por ejemplo, cuyos ...sguños sistemáticos son más directos en ... negro.

El negro y el blanco siguen siendo el ...rreno privilegiado del grabado: Jacques ...mondot, Estèbe, Hallez —hay que citar ... **Requin noir**— Chot-Plassot, muestran ... magia que lleva en sí la vibración de ... tinta. Se comprueba también en los ...uafuertes oscuros de Gaudin, en las pun...s secas vivas de Jacquemin, en Michel ...ry, cuya **Solitude** alcanza sin esfuerzo ... trágico. Productos de una técnica más ...licada, las acuarelas de Houplain —sus ...nos de zodíaco compiten, modernizados, ...n los maestros antiguos— las maneras ...gras de Avati —menos inspirado que los ...os anteriores— y las del japonés de París, ...segawa, tienen sus sortilegios.

Entre los géneros tan variados del gra...do, el buril, naturalmente, no ha sido ...vidado: permite asombrosas variedades ... estilo, que van de las grandes láminas ...adémicas de Decaris a las composiciones ...uilibradas, a veces un poco sensatas, de ...bert Cami, Pierre Dubreuil o Germaine ... Coster.



Buffet. "El castillo de la Vallée". Punta Seca.

Muy al margen, los aguafuertes en color del danés **Lars Bo**, una revelación de estos últimos años, aportan una fantasía que desgraciadamente falta con frecuencia en otros.

Ofreciendo, para terminar, a sus visitantes un "Homenaje a Manet" bajo el patrocinio del nuevo administrador de la Biblioteca Nacional, don Etienne Dennery, la Sociedad de Pintores-Grabadores ha deseado destacar la importancia que concede a la tradición. Quizás algunos de sus miembros habrían podido sacar partido del primero de los impresionistas, cuya obra grabada ha sido considerada durante mucho tiempo como menor, sin duda porque sus aguafuertes y sus litografías no tenían otra regla que la necesidad de expresión de un temperamento. Pero no citando más que un ejemplo, su litografía **Courses**, que sin embargo data de hace un siglo, ofrece a la vez una seguridad de trazo y una audacia ante las que estamos todavía confusos.

Jacques LETHEVE

(Exclusivo para EL DIA).



De Waroquier. "Ondinas".

SUGERENCIA DE LAS RUINAS

A los que poco o mucho hemos viajado, más de una vez se nos ha ocurrido pensar por qué las ruinas tienen tan poderoso atractivo sobre el ser humano. El hecho estadístico de que no falten en cualquier excursión, aunque sea en forma dosificada, indica que su éxito propagandístico es seguro. Al novelero y al hombre medio, al sencillo curioso y aun al indiferente —ni hablemos ya del estudioso y del lírico— las ruinas, famosas o discretas, entregan algo especial, algo que a ninguno escapa más allá de su ignorancia o sorpresa.

Desde remotos tiempos, las ruinas sirvieron de ejemplo, golpeando la sentencia "Et in pulvis reverteribus". Alerta de caducidad, tanto más impresionante cuanto más solemne, grandioso, perfecto y altivo fuera el monumento. Espejo del hombre que sólo creyera en su fuerza, en su dominio, en su poderío de juventud o riqueza, las ruinas están diciendo, en su pavoroso silencio, en su descarnada exhibición, en su intimidad vulnerada, a cuán poco queda reducido aquello que fuera nuestro desafío.

Y en épocas cristianas, con edades medievales, la Inquisición y la severidad intransigente, cada una con su acento peculiar, las ruinas fueron otro modo de llamar a las almas para defenderlas de la vanidad, el artificio superficial que, a imagen de la propia carne, conocían la inexorable curva descendente y mortal. Se erguía entonces, contrapuesto, para no caer en la atroz desesperanza, el sustento moral, el otro plano de la vida, el asidero de una ilusión que podía llamarse Fe. O de algo que, como el canto de los niños, pretende ahuyentar, disimular los terrores de la sombra. Ante el derrumbe de la espectacularidad material que se traducía por la humana vejez, se elevó el sostén del espíritu y del alma, de lo que no nace como un embrión y, por lo tanto, no cambia ni tiene figura ni límites ni muerte.

¿Quién no recuerda la oda de Rodrigo Caro, aquel arqueólogo versificador que se enamorara de sus ruinas de Itálica, la fastuosa colonia antigua que se diluye casi a pocos kilómetros de Sevilla?

"Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora / Campos de soledad, mustio collado, / Fueron un tiempo Itálica famosa;"

Podría decirse que este poema es, en realidad, el lamento y recreación de un estudioso que saca partido de su vistazo histórico para llegar tal vez a decirnos la lección humana en dos versos: "Las torres que desprecio al aire fueron / A su gran pesadumbre se rindieron."

Pero son, sin duda, los románticos quienes otorgaron una especial relevancia, un significado más global a estos vestigios del pasado. No sólo los abarcaron desde el punto de vista moral y del sentimiento lírico sino que los establecieron como marco ideal para un alma de excepción. Recuérdese a "Corinne", la trasposición novelada de la propia Mme. de Staël: "Deténgase antes de levantar el velo que cubre la puerta del templo: ¿no late su corazón al acercarse a este santuario? ¿No siente, al entrar, todo lo que se experimenta aguardando un hecho solemne?... Todo lo que sobrepasa cierta medida causa al hombre, a la creatura limitada, un invencible terror. Lo que conocemos es tan inexplicable como lo desconocido; pero hemos frecuentado nuestra oscuridad habitual mientras que los nuevos misterios nos espantan y trastornan nuestras facultades."

Un "René" generalizado, aquel enfermo del "mal del siglo", sólo entre ruinas halla eco para su lenguaje, encaja en esa solemnidad funeral, puede enfrentar a la eternidad desde su dimensión limitada. Sólo allí se placen su corazón y su incurable hastío. La melancolía y el amor insatisfecho, la lucha de encontradas pasiones no hallan más jerarquizado encuadre ni tan vasta afinidad.

Pero, además, los románticos poblaron a las ruinas de misterio y leyendas donde se aunaban, entre nieblas y vapores feéricos, el odio y el amor, los dos grandes, inmortales pilares que sostienen al poeta.

Porque las ruinas, también necesitan del hombre. El es su actor central, el maravilloso espectro que se demora siempre en medio de tanto derrumbe. Porque ¿qué significaría aquella recia estufa de piedra, colgante de un trozo de muro de Chinon, si no la recreáramos flanqueada por el Delfín de Francia y Juana de Arco en su primer reconocimiento? ¿Qué vacío cementerio pétreo semejaría el Foro romano sin las presencias augustas de Julio César vivo y yacente en su altar crematorio, sin Marco Aurelio o Trajano, sin Tito bajo su arco triunfal? ¿Cómo se puede vivir la emoción del Coliseo sin atraer el rugido de las fieras y de la muchedumbre ante aquel despliegue de crueldad obligada, sin ver centellear la esmeralda de Nerón? ¿Cómo sonarían a hueco nuestros pasos y nuestro corazón entre las losas y el polvo pompeyanos si no nos sostuviera la voz de Plinio el Joven que se salvara milagrosamente de la catástrofe que incendió y sepultó a la ciudad?

Entonces, las ruinas no nos llevan, únicamente, a escuchar la sentencia de nuestro fin mortal sino que nos remontan hacia la recreación luminosa de cuanto el hombre supo empinar sobre esta tierra dura, rebelde y amada.

Y así se recuperan la fuerza de su voluntad, el ansia de exhibir su ciencia, el deslumbrado goce de su arte, el dignificado escenario de su triunfo; todos los juegos del vivo drama humano están sustentados por un mármol grabado, por unas termas de opulento sibaritismo, por el equilibrio de volúmenes que aún no abatió el viento, por el fresco que no han logrado borrar las lluvias seculares.

Paneles que a dentelladas devora el tiempo, ojivas que lucen su esqueleto, portales despojados de dintel, columnas tronchadas, fosos de sorpresivo abismo, pisos que guardan un desencajado nivel, ¡de cuánta imaginación se arropan para escamotearnos su caducidad! Y nos arrastran con una misteriosa fuerza perdurable, nos embrujan con su silencio planeante, nos sobrecogen deteniéndonos los pasos.

El recuerdo nos trae, muchas veces, instantes así, en medio de la sencillez de alguna tarde quieta.

Habíamos ido a Fiésole, la legendaria colonia etrusca y romana, colgada en lo alto de una colina que domina el valle del Arno y su sagrada Florencia. El camino serpeante nos había enlazado los ojos con el noble ocre de sus tierras y los adustos árboles regionales, pinos y cipreses de graduados verdes. Habíamos ya visitado las logias conventuales, adornadas de flores y pájaros, como para que allí prosiguiera el diálogo manso del "pobrecillo de Asís".

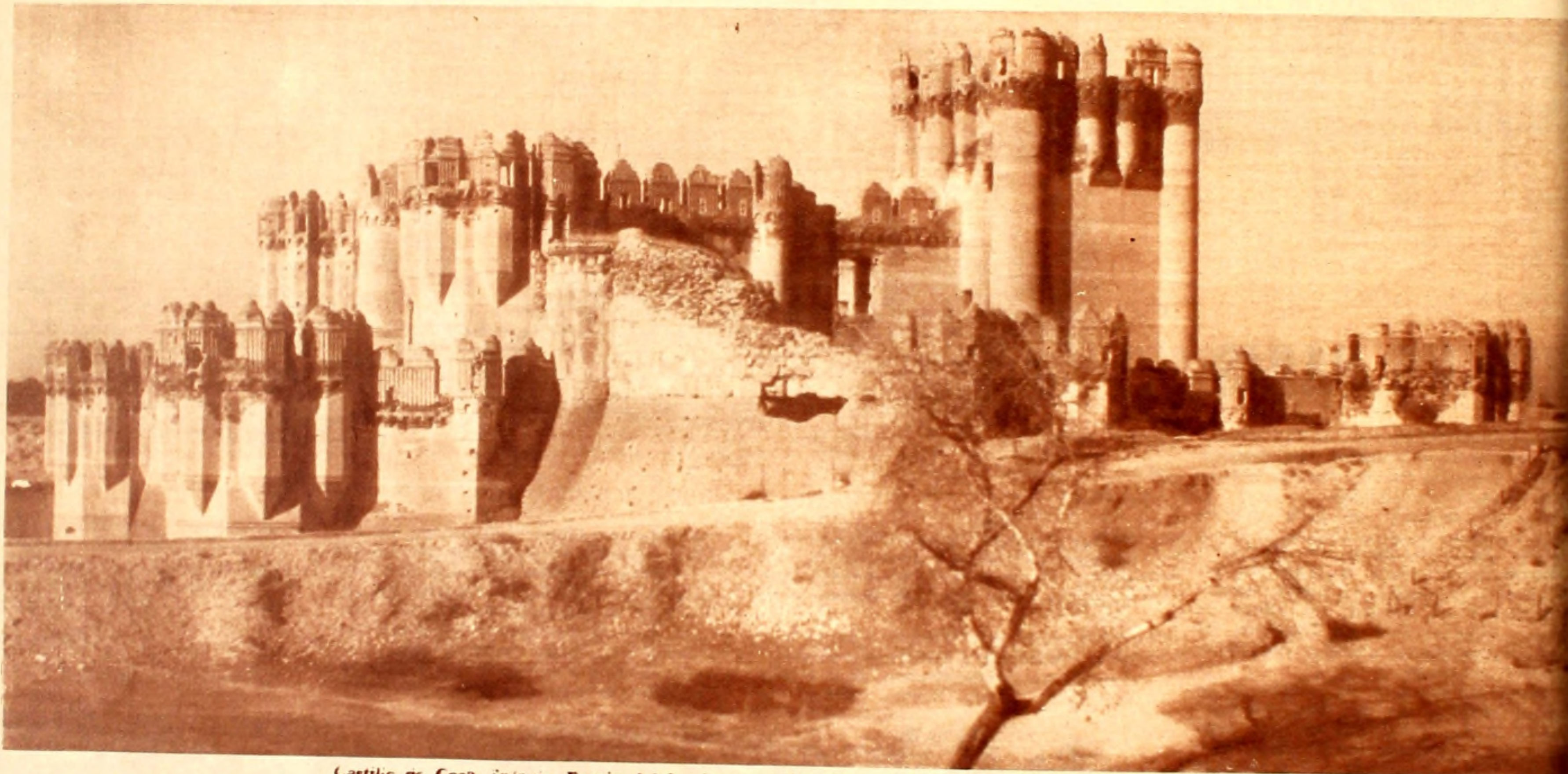
Caía la tarde de verano, mientras los monjes salmodiaban su oficio gregoriano; a lo lejos, la ciudad florentina se iba dejando cubrir por una niebla sutil.

Junto al museo Faesulum se extendía el antiguo teatro romano, cuyas gradas luchaban contra la invasión avasallante de las hierbas.

Flotaba en el silencio una serenidad tan palpable —si así puede decirse— como si seres misteriosos nos hubieran estado tejiendo un apacible sortilegio. Desde las altas graderías, podía verse el cementerio vecino que, como las laderas combadas, perdiéndose en la distancia, estaba ceñido de cipreses. Cantaban espaciadamente unos pájaros pequeños, blanco el pecho, veloces las alas, revoloteado el vuelo sin temores. El aire traía una diafanidad de inocencia. Los ojos alcanzaban un extraño descanso en las líneas curvas del teatro y las colinas, en el ahusado perfil de los árboles. Y, entonces, las ruinas ya no decían nada, no permitían vagar por el pasado, ni oir los lamentos de las víctimas del sacrificio, ni los clamores del pueblo enceguecido ni recomponer la magnificencia de un mundo de glorias y orgullo valedero. Eran, sólo, eso que captaban los ojos, sentía el alma, adormeciendo como un bálsamo. Y al vivirlas así, despojadas de todo simbolismo, tuvimos que hacer nuestros los versos de José María de Heredia: "...un murmullo del viento, / las hojas, la sombra errante y el sol que se desliza, / de este mármol en ruinas han hecho un dios vivo."

Rolina IPUCHE RIVA

(Especial para EL DIA)



Castillo de Coca, Segovia. Espejo del hombre que sólo creyera en su fuerza, en su dominio, en su poderío de juventud o riqueza, las ruinas están diciendo, en su pavoroso silencio, en su descarnada exhibición en su intimidad vulnerada, a cuán poco queda reducido aquello que fuera nuestro desafío.

PRUDENCIO Y PEREGRINO SORIA

...AN Prudencio y Peregrino Soria hijos del mismo padre ... de la misma madre; pero desde cabeza a pies, desde ...ro a corazón, totalmente distintos, menos en una sola ... los dos habían seguido el rumbo de la soltería. Habían ...lado campo de muchas cuadras. En el caserón que ...ron, retozaron y fueron mozos, llegaron a maduros.

...Antes de amanecer se levantaban y en tanto, yendo ...uiendo impartían órdenes de trabajo, iban tomando el ... que dos negros cebaban, flanqueándolos caldera en .... Churrasqueaban frugalmente y salían al campo cada ...por su lado, seguidos de peones...

...Tenían amistades, los domingos concurrían a la pul... de Pancho el Zurdo, alguna vez iban al pueblo.

...Prudencio cuidaba dos parejeros. En su presencia los ... varear, les tomaba el tiempo reloj en mano. En ...io a Peregrino le tiraba el naipe. Era un buen car... de truco.

—Usté si cuida un caballo pa jugarle su plata —decía— ...nde del caballo, del que lo raciona, del vareador y ...rdor; póngale encima que el parejero se alegra o se ... el día de la carrera, cosa que él no se la va a decir; ...todavía póngale encima el otro caballo ,que tié cuatro ... como el suyo, con su dueño, su variador, su corredor, ...s lunas... El naipe lo cuido, lo vareo y lo riendeo ...esmo. Con él pierda o gane, no tengo que pasar las ...s cavilando de si se comió la cama, o que el corredor ...e vendió, o que el cuidador le encajó pimienta en ...iiz...

...Cierta vez Prudencio firmó un compromiso de pencas. ...ió su caballo. En la pulpería, días después, declaró ...e habían robado la carrera.

—Farías me compró al mulato (su corredor), supe que ...o cien pesos. Por eso jué que al otro día de las ...s lo saqué corredor ajuera a quejido por arriadoraro. ...erminar: tan desvergonzao y sin yel es Farías como ...ero... el que lidia con zorro catingudo queda.

...No faltó quien le llevara el chisme a Farías, comu...dole la menguada opinión que de él tenía Prudencio .... De ahí que dos días después, y a la misma pulpería ...e fue emitido el severo juicio, llegó un peón de aquél ... enfrentó a don Prudencio, que estaba de palique con ...o tres amigos, y le dijo:

—Vea, don Prudencio: como no lo encontré en la es...a llegué hasta aquí pa decirle que mi patrón le manda ... que si usté es hombre, mañana él lo espera en la cruz ...amino. Que usté se desdice de lo que dijo o va a volver ...engua a su casa...

...No lo dejó terminar Soria. Púsose de pie, transfigurado, ...ndo:

—¡Si ha de ser mañana que sea hoy mesmo!

...Y sin hablar más nada, pasó por sobre los que qui...n contenerlo —entre ellos su hermano Peregrino. ...ó de salto y se perdió en la nube de polvo que ...tó su montado en el batir de patas sobre el camino. ... a casa de Farías dándole suelta a unos alaridos es...nantes... El caso fue que volvió a su casa sobre un ...

...Si bien es cierto que, facón en mano, correteó a Farías ... sus propias habitaciones entre el chillar del mujerío, ...ién es cierto que capataz y peones lo rodearon, des...ron y le dieron una tunda tan perfecta que lo dejaron ... paso del hoyo.

...Don Peregrino, a la vera de la cama donde se reponía ...rmano, le hablaba a dos o tres compañeros que habían ... ver al apaleado.

—Yo no sé mesmamente cómo tata le puso Prudencio ...e viviente; le debió poner Imprudencio. Es tal como ...rola celosa de bien encebada: ni mal le tocan el ga... revienta. Dende chico jue ansina y hasta hoy no se ...orbadao. Farías lo mandó desafiar pa tal día y en tal ... pues haber ido en tal día y a tal sitio. Si Farías le ...en su mesma casa, rodeao de cristianos, de esperarlo ... cruz en cuanto lo viera bajar la cuchilla salía que ...rro chúcaro con diez perros tarasconiándole los ga...s... y aura no teníamos que tarlo cuidando.

...Prudencio soltó un bufido queriendo incorporarse, cho...do ira. Peregrino lo suavizó:

—Sosiéguese Prudencio, cuide el costillar que lo tiene ... encordar de guitarra de cantor dejao. Pa su bien he ... lo que he dicho...

...Bueno. Sucedió que un domingo en la pulpería del ..., luego de algunos trucos de cuatro, Peregrino se ...ió mano a mano con uno de sus contrarios. Barajaron, ...ron, jugaron y tantearon, cruzándose unas falta envido ...nentes, unos contra flor el resto impresionantes y ... vale cuatro escalofriantes. Hubo una duda, ambos pu...onse de pie, intervinieron los atajadores. Don Zacarías ...oso, fuerte hacendado del pago (el contrario de Pere...), optó por retirarse. Se aquietó el ambiente. Pero ...oras después llegó el capataz de Fragoso en un galope ...do, sofrenó, se apeó y entró. Y se dirigió rectamente ...n Peregrino:

—Le manda notificar don Zacarías que mañana, a esta ...a hora, lo aguaita en la cruz del camino. Y que vaya ...esto a aguantar un vale cuatro de boca e'pistola que ... hacer volar melena, bigote y barba...

—¡Basta! —tronó Soria. Dígale a su patrón que si ha ... mañana... mejor que sea pasao mañana, o dispués ...sao mañana. Que ando medio entomecido de una pata y yo no soy quien pa dispensar ventajas a naide, y menos a él que me lleva como cinco jemes de altor.

Todos quedaron de una pieza pues sabían, se sabía en todo el pago, que los Soria no eran flojos. El capataz quiso terciar:

—Entonces...

—No oyó lo que le dije —lo atajó Peregrino— quiere que se lo repita? Vea que soy bastante desmemoriao.

—Sí, señor. Le viá decir a don Zacarías que la cosa pué ser pasao mañana o dispués de pasao mañana, que usté anda medio culeco...

una mulatilla bastante agraciada, que en la casa servía, mandó traer buena ginebra. Entre tanto preguntaba a su retador cómo marchaba su ganado, el estado de su campo, el de las aguadas, etc. En una de esas cambió de tema:

—¿Cómo y por qué jué la custión del truco que jugamos? ¿Jué que yo lo vide calzar el mazo o que usté me lo vido calzar a mí? ¿Jué que corrió algún poroto de más en el tanteo?

—Vea, don Peregrino: pa decirle la verdá no me acuerdo porqué se alborotó la lechiguana; sé que hablamos juerte y grueso...



DIBUJO DEL AUTOR

—¡Culeco no, entomecido, que no es lo mesmo!

—Y en ese son siguió el asunto: Fragoso renovando el desafío, Soria estirando el plazo. Al fin aquél, envalentonado por los esquives de éste, llegó personalmente a su misma casa, con capataz y dos peones de escolta. En seguida de la batahola de los perros y revuelo del personal apareció don Peregrino, no sin antes haber contenido a su hermano que quiso salir pistola en mano.

—Güen día, don Zacarías, apéese y dentre.

—¡No he venido de visitas, canejo! ¡He venido a decirle si tengo que montarlo de lloronas calzadas pa bien de que corcovée!

—No, señor, no va a ser falta porque ni usté nació pa jinetear cristianos ni yo soy matungo de barril. ¡Le he pedido que se apée y dentre, y trate conmigo lo que sea, que tiempo pa liquidar deudas sobra! ¡No sea mal enseñao, vea que ta en mi casa y es su mesmo dueño el que ta envitando!

Esto último fue expresado en tono tan ríspido, cortante y convincente que Fragoso conoció que el corazón se le encogía. Al fin, medio cosquilloso y desconfiado ingresó en la sala de la estancia. Don Peregrino hizo cebar mate por

—Y, dígame, don Zacarías: ¿por un asunto que aura no sabemos cómo jué y que ya no lo poderemos aclarar nunca, nos vamos a matar usté y yo en la cruz del camino? Pa eso es menester algo muy serio y fruncido, como mentarle a uno la mama o cruzarle un cachete de mano abierta, cosas que en lo del Zurdo no hubo entre usté y yo. Dos vecinos de respeto y mentas como usté y yo no puén hacer cosas de foragidos...

La cuestión finalizó en abrazos, protestas de amistad, reconocimiento de razones, fiesta.

Pasados dos o tres días, impartiendo órdenes de t... bajo, amarguenado flanqueados por los negros cebador... Peregrino Soria le iba diciendo a su hermano Pruden...

—Si usté, Prudencio, hubiera en sus días seguido ... mesma linia de mi vivir no andaría aura con el cuero co... el de tambor de comparsa de negros. Entodavía no ... mesmamente, como tata le puso Prudencio...

José MONEGAL

(Especial para EL DIA)

(Ilustración del autor)

ENTRE LA LUCHA Y EL OLVIDO



D. Francisco Piria, un uruguayo para admirar.

SIEMPRE, el que viene de otro país para quedarse algo nos trae, a veces mucho, en ideas o energías. Memorables casos hay entre nosotros. ¿Cómo olvidar al madrileño Emilio Reus, que levantó dos barrios, al sur y al norte de la ciudad, donde era sólo descampados? ¿Cómo olvidar al brasileño Mauá, que instaló en Montevideo el primer Banco que tuvimos, fomentando el desarrollo comercial y económico del País? ¿Y al vasco Harriague, que trajo de su lejana tierra y, contra el escepticismo general, aclimató la vid, creando una industria desconocida entre nosotros, de cuantiosa importancia hoy? ¿Cómo olvidar al inglés Thomkinson, que plantó los primeros eucaliptos, ese árbol medicinal, enhiesto, venerable?

Pero Francisco Piria era uruguayo..

—Empezó vendiendo pañuelitos de seda —decía mi padre. Y agregaba con una sonrisa—: En las puntas se leía "PIRIA".

¡Qué detalle! Concitar la atención sobre sí, primer paso.

El pequeño negocio estaba incrustado en el Mercado Viejo, zona antigua de la ciudad.

Después, dando un salto, abrió su negocio en 18 y Andes. La nueva casa tenía ampulosa denominación: "La Exposición Nacional"! A los 22 años, ya se tiraba Piria a lo grande. Veía abrirse los horizontes. ¡El los abriría!

Con énfasis, que le acopañaría toda la vida, proclamaba las excelencias de la mercadería, sobre las que iba a caer el martillo. Agrandaba su valor positivo y el volumen de las existencias, no para engañar, sino para conquistar la confianza ajena. Promovía le fe por medio de la palabra, del gesto, del ademán.

Con ese énfasis, pasó a extender su zona de operaciones: el parcelamiento y subasta de solares a pequeñas cuotas, en puntos alejados del centro ciudadano. ¡Proclamaba entonces el futuro de la ciudad! De la ciudad que se iba extendiendo. Hasta donde iría llegando el tranvía...

Es evidente que en este hombre de garra para los negocios, había un soñador que pensaba en grandes empresas a realizar. El tiempo se encargaría de certificarlo.

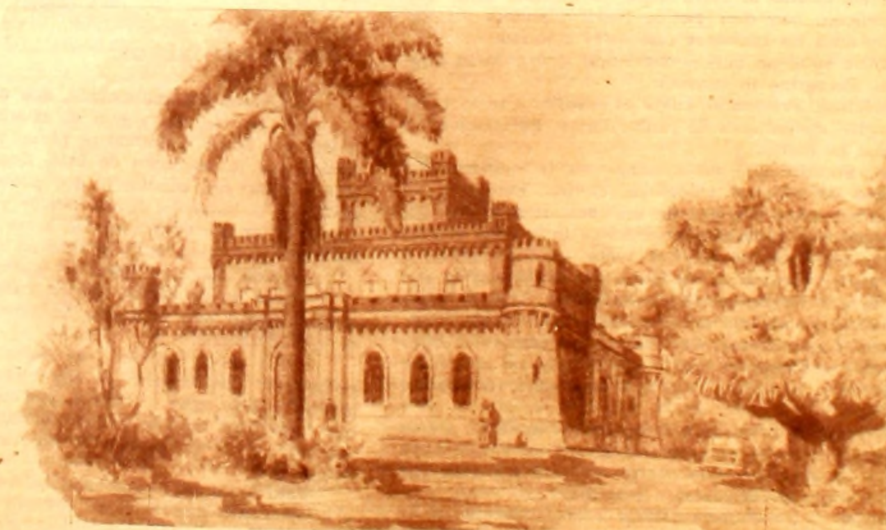
Se le ha criticado, entre las muchas críticas, que hiciera parcelamientos de pequeñas áreas, a veces muy pequeñas para el lugar, y hasta el trazado de calles a su



Rambla de los Argentinos. (Acuarela de P. Fossey).



El trencito que parece de juguete. (Acuarela de P. Fossey).



El castillo. (Acuarela de P. Fossey).

SAN LUIS DE LOS INVALIDOS

Y PORFIDO ROJO PARA NAPOLEON

FUE el pórfido la materia preferida por los romanos, que utilizaban preferentemente para las sepulturas imperiales. Los franceses, cuando pensaron erigir el monumento sepulcral a Napoleón Bonaparte, recordaron esto. Y se empeñaron en acumular todo el pórfido posible. Pórfido rojo. Si se quiere ver esta sepulta "montaña" de pórfido rojo hay, pues, que trasladarse a París. No olvidemos que el legendario italiano (1) había declarado: "Deseo que mis cenizas reposen a orillas del Sena, en medio de ese pueblo francés que he amado tanto" ("Je désire que mes cendres reposent sur les bords de la Seine, au milieu de ce peuple français que j'ai tant aimé"); y San Luis de los Inválidos, donde reposa, está en las mismas orillas del fascinante río. El edificio —he de referirme brevemente a él— debido a planos de Libéral Bruant, se empezó a levantar durante el reinado del ambicioso y —glorioso— Luis XIV, y con la dirección de Hardouin - Mansart vióse terminado en 1674. La plaza Vauban le hace de cómoda antesala. Bajo la misma cúpula del palacio se emplazó la tumba, que está rodeada por otros "restos" digno del Emperador, reposando en diferentes capillas. Está la capilla de su hermano José, rey de Nápoles y más tarde de España, que se conoce con el nombre de San Agustín; está la tumba, ejecutada por Etex, que conserva el corazón de Sebastián Le Preste, señor Vauban, mariscal de Francia, que lucía también los títulos de ingeniero militar y científico, y que el Emperador quería tenerlo en la muerte muy cerca de él; está el sarcófago - monumento debido a Landowski (el más impresionante de todos para mí) conteniendo los restos del mariscal Fosch; está la Capilla de San Jerónimo que conserva el cuerpo del otro hermano de Napoleón, Jerónimo, rey de Westfalia, con la estatua del príncipe hecha por Guillaume; está la capilla de San Gregorio, con la tumba de Turenne debida a diseños de Carlos Le Brun; y allí, bajo la misma cúpula, han ido a reposar sus fatigas guerreras, también, el mariscal de palacio de Napoleón, Duroc, que murió a manos enemigas en 1813, y de quien aquél dijera en Santa Elena: "Duroc seul a eu mon intimité et possédé mon entière confiance"; Bertrand, su otro mariscal de palacio de Santa Elena, y, finalmente, en un registro que acaso sea incompleto, consérvase el corazón de Latour d'Auvergne, primer granadero de la República.

Parecería la cuenta demasiado castrense si no estuviese sepultado en el recinto Antonio Etex, por deseo de Napoleón, que fue pintor, escritor y escultor, y que es la nota "tierna" del recinto. Recordemos, de paso, que su obra escultórica **La Paz**, puede verse en la fachada posterior del Arco de la Estrella, de París.

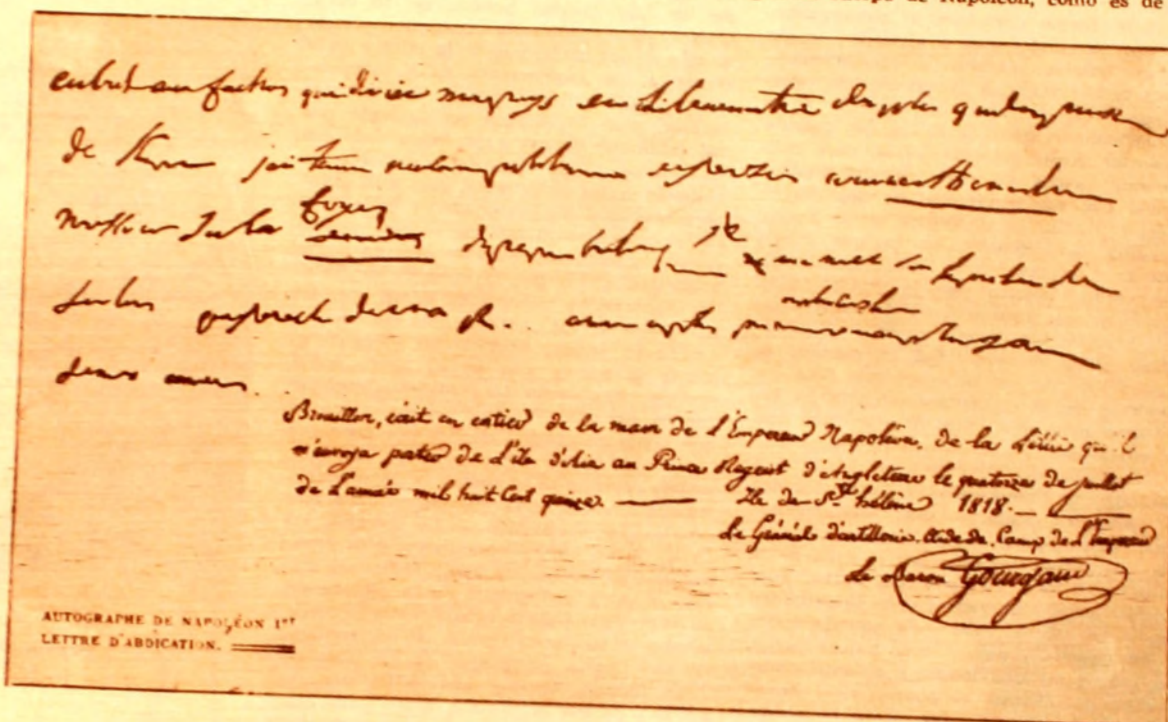
Pero, como es natural, la atracción se centra en el pórfido rojo que cubre a Nalopeón. La cripta que lo ampara fue creada por Visconti. Contrariamente a lo que podría suponerse, para mirar este prodigioso monumento, no hay que levantar los ojos. Se yergue en un gran "pozo", en medio de una abertura circular protegida por una baranda de mármol. No fue trabajo de un día; diez años llevó la construcción, terminada en 1853. Un mosaico hace de embaldosado y luce los nombres de las batallas ganadas por Napoleón, que más fulgor y dolores de cabeza le dieron: Rívoli, Pirámides, Marengo, Austerlitz, Jena, Friedland, Wagram y Moskova. Otra docena de triunfos está representada por el mismo número de esculturas del pre-romántico Pradier, dispuestas en torno de la cripta. Aunque Thiers dice en su **Histoire du Consulat et de l'Empire**, queriendo justificarlo, que su ambición es menos vana que la de Alejandro y menos perversa que la de César, y que es la ambición ordinaria de los conquistadores, está hablando de su codicia, de su pasión desordenada. En cuanto al nepotismo, acá, en el Panteón, se ven muy de cerca las coronas que puso en las cabezas familiares.

Pero llega ahora la historia del pórfido rojo. El sarcófago mide cuatro metros de longitud, por dos de ancho y cuatro y medio de alto. Fue intensa la búsqueda de este pórfido. Se lo buscó en vano en Francia, en Italia, en Grecia. Al fin hubo que pensar en la Carelia rusa. Allá estaba.

De Brosses habla de los mármoles italianos, quejándose de que en Francia no se sabe casi lo que son los mármoles y que no se ven hasta que se va a Italia, país "que produce cien especies diferentes, más o menos bellas, pero todas curiosas". Y hablando de las tres especies de pórfido: el rojo, el verde y el negro, escribe en su libro **Viaje a Italia**, que los tres son "muy preciosos, pero los dos últimos muy raros. No tengo idea —dice— de haber visto más pórfido negro que en dos columnas en Santa María **della Navicella**. Tenéis en Francia, en la colección del cardenal de Polignac, una urna antigua de pórfido verde con asas retorcidas: es seguramente la vasija más elegante y mejor acabada que pueda verse; el verde es muy agradable; los otros dos, sobre todo el rojo, me parecen tristes". Color, pues, el rojo, muy a propósito para un sepulcro real.

Este pórfido estaba allá, como dijimos, en la Carelia rusa. Y Nicolás, el zar emperador, cerró los ojos al recuerdo, y tuvo un gesto amable: le obsequió a Francia 200 toneladas de pórfido en 15 bloques. Más de un año demandó el difícil traslado; sólo hacer el sarcófago y pulirlo demandó otros dos años. Napoleón esperaba, mientras tanto, en la Capilla de San Jerónimo, de la que fue retirado para su lugar eterno el 3 de abril de 1861.

El sarcófago reposa sobre una base de granito verde de los Vosgos. El cuerpo de Napoleón, como es de suponerse, está bien protegido. Lo amparan, además, seis encierros sucesivos: el primero (el central), es de hojalata; el segundo, de caoba; los dos siguientes son de plomo; el quinto es de madera de ébano, y el último de roble.



Carte de abdicación de Napoleón Bonaparte.

Emilio Castelar se decía (léese en su libro **Un año en París**), al ver a cada paso, en la capital de Francia, un recuerdo para Napoleón: estas palabras agudas: "Los Bonaparte han tenido la habilidad de llenar con el nombre de Napoleón I todo París. La cúpula de los Inválidos es la corona del sepulcro de Napoleón; la columna de Vendôme es el pedestal de bronce sobre el cual se levanta Napoleón; el Arco de la Estrella ostenta en relieve a Napoleón coronado por la gloria; el arco del Carrousel dice a cuantos pasan, que Napoleón lo construyó; el Luxemburgo tiene una estatua de Napoleón en mármol; el Cuerpo Legislativo una sala consagrada a Napoleón, sin duda en honra y gloria del diez y ocho brumario; el Museo de Versalles, de ese palacio de Luis XIV, el rey que en nombre del derecho divino dijo: **El Estado soy yo**, está lleno de más de quinientos cuadros sobre la historia de Napoleón, el emperador que en nombre del derecho popular, dijo: **El Estado soy yo**. ¿Y qué glorifica en todo esto Francia? Un golpe de Estado, una guerra sin término, el sacrificio de un millón de sus hijos (2), la pérdida de sus antiguas fronteras y la intervención del extranjero".

Y no era todo esto nada contra Francia. El mismo se apresuró a decir que, entre otros méritos, pocos le aventajarían en pregonar la delicadeza de la cultura de los hijos de Francia, la gracia y la flexibilidad de su lengua, el carácter humano y universal de sus escritores, la virtud nacional ,la virtud francesa por excelencia, y el culto ardiente al trabajo. Que es decir algo en favor de un pueblo, en verdad muy respetable.

Julio IMBERT

(Especial para EL DIA).

---

(1) Recuérdese que a los 9 años fue trasladado por sus padres —Carlos María Bonaparte y María Leticia Ramolino— a Francia, aprendiendo el francés en la escuela de Autun. Muchas dificultades y disgustos le producía no por pronunciar el idioma sin desprenderse del acento italiano. Desde pequeño soñó con la independencia de su isla natal que Francia dominaba. De ahí que el general corso Pascual Paoli —que tanto luchaba por la libertad de Córcega— lo ensalzara como a un dios

(2) En un solo día y en una sola batalla —recuerda Castelar— a una señal de su mano Napoleón vio caer muertos doce mil hombres.

---

antojo. No existiendo, en época lejana, disposiciones municipales en contra, la crítica no tiene valor. En cuanto a otros reparos, si se hubiera atendido al expedienteo burocrático, no hubiera podido realizar lo que hizo. Y lo que hizo, fueron barrios enteros. Sembró de pequeños propietarios la ciudad.

También se dice que era de carácter duro. ¡Había tenido que luchar desde el principio! Contra esto y aquello. Sin cierta reciedumbre, no se puede librar ciertas batallas.

A veces, la euforia de los presuntos compradores iba elevando el precio en la subasta. Piria comprendía que eso no podía ser. Interrumpía entonces la tarea. Dialogaba. Hacía ver las cosas. Y a la postre, bajaba el martillo tres o cuatro escalones más abajo...

Después de unos años de dinamismo sin precedentes, la Capital le quedaba chica. Pudo haberse alejado satisfecho, con la fortuna que había acumulado y, en el aspecto moral, con la obra realizada.

Entonces miró hacia el Este del país. Allí, en el puerto del Inglés, en Maldonado, junto a la costa, próximo a las aguas atlánticas... Arenales, todo arena, pequeñas montañas, cerros pétreos, como ilustraciones para una narración infantil. Piria, en sociedad con un señor Bonilla, compra unos lotes de la sucesión Tal, 813 hectáreas, 1.001 hectáreas, en 1890 y 1902. Luego, en división de condominio, nuestro hombre elige la zona árida. Deja al socio los lindos terrenos de pastoreo. El socio cree que Piria no entiende. Pero Piria ha mirado lejos. Plantará árboles: eucaliptos, pinos. Contendrá la arena. Extraerá piedra granítica, mármol. Los cerros, la topografía, son hermosos. ¡Levantará una ciudad balnearia! Vendrán los uruguayos, sus conciudadanos, a visitarla, a poblarla. También los argentinos... ¿Es un sueño que no se pueda realizar?

Las residencias se van levantando. Los árboles crecen. Las arenas ceden. Instala hoteles aquí y allá. Y a la población ya formada, en crecimiento, le pone su nombre: Piriápolis. ¡Es el mismo que había empezado, décadas atrás, poniendo su nombre en aquellos pañuelitos de seda!

Las autoridades departamentales y nacionales respetaron tal denominación, en un reconocimiento oficial de "la obra de mayor aliento emprendida en el País, por uno de sus hijos".(1)

Piriápolis, declarada ciudad hace tres o cuatro años, tiene una población permanente de cuatro mil quinientos habitantes, que en la temporada veraniega crece considerablemente.

Allí están el Castillo; el trencito, que parece de juguete; las lindas montañas; las aguas ya oceánicas.

Luego, quien había tenido la tiendita en el Mercado Viejo, pensó en su casa de la ciudad, y trajo las piedras y los mármoles del Este, levantando la suntuosa mansión en Ibicuy y la Plaza.

Las ricas piedras cinceladas abrigaron los latidos de su corazón, hasta que un día de 1933, a los 86 años, recogieron el último aliento del victorioso luchador.

---

(1) J. M. Fernández Saldaña.

Enrique Ricardo GARET

(Especial para EL DIA)

EVOQUEMOS A ROSALIA

Es bastante usual que, cuando se quiere elogiar la obra de Rosalía de Castro, se afirme que su jerarquía la ubica junto a Curros Enríquez y Eduardo Pondal. Aparte de lo restringido y caprichoso que resulta elegir conterráneos —y aún contemporáneos— para hermanar valores estéticos, hemos de expresar que Rosalía es superior a dichos escritores. Si tuviéramos que vernos obligados a elegir otro gallego para ir al lado de la autora de "Follas Novas", elegiríamos a Valle - Inclán. No se nos escapan, desde luego, las profundas divergencias entre ambos poetas —porque ambos fueron siempre poetas, aún en su prosa— pero creemos que ellos son quienes mejor representan, líricamente, el alma de Galicia en sus valores esenciales y universales.

Valle - Inclán pertenece al modernismo, del que se escapa muy a menudo —como de un palacio suntuoso y melancólico— a sus verdes vegas, a los pueblos de vagabundos y angustiados, de brujería y de secularidad. A Rosalía se la ha querido presentar como pre-modernista, pero más adelante hemos de decir nuestra discrepancia con ese título que no nos parece exacto. Rosalía es romántica en la mejor acepción del vocablo: en la que busca apresar y expresar una verdad emocional, una verdad poética, con la gracia de la música y del vocablo lleno de sugerencia. Este vocablo fue en ella sinónimo de sencillez, nunca de vulgaridad. Evoquemos, al efecto, una de sus afirmaciones: "En los dominios de la especulación, como en los del arte, nada más inútil ni más cruel que la vulgaridad".

María Rosalía Rita de Castro nació en Santiago de Compostela el 24 de febrero de 1836. Esa noche en que "llovía menudito" dejó —ya desde su llegada al mundo— la marca del dolor en la vida de la futura escritora. Ya desde esa noche, pues Rosalía vivió amargada por la ilegitimidad de su nacimiento, que —en aquella época y en aquella región— fue, naturalmente, motivo de las más tontas y cruentas murmuraciones. Quizá la poesía y el hogar lograron hacerla olvidar de sus dolores. Quizá también el brío con que se enfrentó a la vida y luchó para ganarla. En la escuela fue alumna inteligente y empeñosa, y se recuerda el amable éxito de algunos de sus primeros versos. Su traslado a Madrid, en edad temprana, obedeció —en parte— a su deseo de ingresar en el teatro, como actriz, a fin de ganarse el sustento. Aquí evocamos a su hermana en poesía, Marceline Desbordes Valmores, de vida también tan amarga —mucho más que Rosalía— deambulando de teatro en teatro, de provincia en provincia. Pero Rosalía no llegó a la escena. Sus poemas lograron, en 1857, un elogio en la prensa madrileña, firmado por Manuel Martínez Murguía, escritor de amplia cultura y bastante prestigio. Ese elogio —referente a **La flor**, primera publicación de la poetisa, aparecida en Madrid en 1857; redactada en español, según su título ya lo hace suponer— fue el comienzo de una noble amistad, que llevó a Rosalía, en el otoño del año siguiente, al altar matrimonial, del que salió con el apellido de Murguía. Fue madre varias veces y su hogar compartió, con su obra poética y narrativa, su tiempo y su devoción, constituyéndose en un consuelo para sus aflicciones. Por lo demás, aquella estada en Madrid, tuvo también sus sinsabores, de los que quedan huellas en su obra. Como gallega, Rosalía comprobó cierto desdén de los habitantes de la villa y corte frente a los provincianos. Más concretamente: halló gallegos que, en sus trabajos rurales, eran explotados acerbamente por sus patronos. De esa experiencia —de esa amargura— surgió algún bello cantar suyo, pidiendo a los castellanos que sean comprensivos con los trabajadores gallegos a su servicio. Pese a que tal súplica, puesta en verso, corre el riesgo de caer en cierto prosaísmo, el instinto, la intuición de Rosalía, lograron el milagro de dejar, con tal tema, uno de sus cantares más recordados.

Por lo demás, Rosalía era entrañablemente gallega y sólo en su tierra podía sentirse sin desazón. La tradicional **saudade** fue en ella alma y sangre, alma y sangre que viven en muchos de sus más memorables cantares, los que han logrado más amplia difusión en el pueblo. ¡Cuánto sufrió Rosalía en esa vida de peregrinaje que —antes de su llegada a La Coruña, en 1871— llevó por diversas provincias españolas! Ciertamente, la acompañaba su marido y ya la maternidad había prolongado su vida. Pero Galicia estaba lejos... Y ella amaba a su tierra hasta en su tristeza, en sus lluvias pertinaces, en su pobreza. Juan Ramón Jiménez nos la ha evocado en una página admirable, que —más que escritura— es a manera de un aguafuerte: "Llueve en toda Galicia. Suelo y cielo están fundidos, el corazón de cuatro cavidades por su fibra interior, por la lluvia. Toda Galicia es al ámbito de un grande, sordo corazón. Las aldeas, iguales iglesias negras, más negras, negrísimas, de un negro primordial sacado por la lluvia. Rosalía de Castro, piensa, de luto, en la puerta de su casa, su campo, casa cubo con maíz, uva, hórreo medio, agua corriente cercana. Ve llover en todo lo verde blando, en la tierra líquida, en el agua terrosa; pasar, entre agua y agua, la vaca constante, el albino adolescente desconocido, el saludador astroso, el peregrino lanudo... Suenan bajas, ahogadas en aire - agua, las campanas de Bastabales...".

Para nuestro gusto, sólo Rosalía de Castro y Bécquer representan noblemente el romanticismo de España, cada uno en su idioma. Porque ¿qué tienen que hacer, junto a ellos, el énfasis de Espronceda, el decorativismo de Zorrilla? (Ni hablemos de Núñez de Arce).

Y dentro de la poética de Rosalía, preferimos sus cantares gallegos, tanto aquellos que están contenido en el tomo que publicó en 1863 —titulado, precisamente, "Cantares gallegos"— como en los que forman sus "Follas novas", editadas en 1880, con prólogo de Emilio Castelar, cuyo prestigio era inmenso. Es en esos dos libros donde —en nuestra opinión— está la mejor Rosalía, la que ha logrado dar jerarquía estética al decir popular, la que, moviéndose en una zona de pequeños y grandes dolores, de pequeñas y grandes alegrías, ha sabido esquivar los declives —¡tan peligrosos, tan frecuentes!— del prosaísmo, de la trivialidad, de la sentimentalidad. Porque su poesía es, en esencia, sentimental. Las imágenes tienen poca ascendencia en este tipo de lirismo. Lo que en él vale es, sobre todo, la autenticidad de la emoción y la depuración del lenguaje, además de la gracia musical. Y esta trilogía de valores es presencia constante en los cantares gallegos y en "Follas novas". No es sólo la saudade, no es sólo la desolación de la lluvia y de la llovizna sobre las viejas piedras gallegas, no es sólo el paisaje soñoliento de las rías y el adiós al emigrante que parte a América. Es también la entraña social que pide comprensión para el trabajador gallego, en las eras. Es, a veces, una fina ironía muy humana, de la vida provinciana. Es la alegría de la alborada. Y la gaita gallega. Y las campanas que suenan y suenan en pueblos y valles... Para sus cantares, Rosalía utilizó muchas combinaciones métricas, incluso el majestuoso ritmo de la octava real. Pero creemos que es en los metros menores (octosílabos, hexasílabos) donde logró sus más bellos aciertos. "Campanas de Bastabales — cuando vos oyo tocar — mórrome de soidades. — Cuando vos o yo tocar — campaniñas, campaniñas — sin querer torno a chorar. — Cuando de longe vos oyo — penso que por min chamades, — e das entrañas me doyo. — Dóyome de dor ferida — qu'antes tiña vida enteira — y oxe teño media vida. — Sólo media me deixaron — os que d'aló me trouxeron — es que d'aló me roubaron. — Non me roubaran, traidores — ¡ay, uns amores toliños!, — ¡ay, uns toliños amores! — Qu'os amores ya fuxiron — as soidades viñeron... — de pena me consumiron".

Pero no es sólo en la expresión de la intimidad que esta autora logra poemas duraderos. Sus paisajes gallegos tienen tal pureza, tal exactitud lírica, que se hermanan a las pastorales de Juan Ramón: "Cada estrela, o seu diamante — cada nube branca pruma, — trist'a lua marcha diante. — Diante marcha, crarexando — veigas, prados, montes, ríos — donde o día vay faltando. — Falt'o día, e noit'escura — vaixa, vaixa pouco a pouco — por montañas de verdura. — De verdura e de follaxe, — salpicada de fontiñas — vaixo a sombra do ramaxe. — Do ramaxe donde cantan — paxariños piadores — que c'aurora se levantan. — Que c'a noite s'adormecen — para que canten os grilos — que c'as sombras aparecen".



Rosalía de Castro.

Hemos preferido dar estos dos cantares en su versión original y no en una traducción, a fin de no quitarles el prístino valor. Por lo demás, su comprensión sólo requiere, para quienes no conocen el dulce idioma gallego, un poco de atención, una colaboración afectuosa. Se habrá observado, en el segundo de dichos cantares, la gracia de ese enlace que establece Rosalía al comienzo de cada terceto, recogiendo el final del verso anterior.

Esta colección de "Obras completas" de Rosalía de Castro, que en un tomo de la Editorial Aguilar, de Madrid, comprende cerca de 1.400 páginas, incluye, naturalmente, sus novelas: "La hija del mar" y "El caballero de las botas azules" (subtitulada "Cuento extraño") son, posiblemente, las mejores. Aunque pertenecientes al romanticismo, como sus versos, la sobriedad de su lenguaje y lo agudo de su observación le dan una amplitud que va más allá de toda modalidad precisa, de toda escuela literaria. "Domingo de Ramos", también en prosa, es a manera de una serie de estampas costumbristas muy bien logradas. Pero Rosalía vive por sus poemas, mejor dicho, por sus cantares.

Como al principio de esta evocación hemos afirmado no compartir la opinión de quienes ubican "En las orillas del Sar" entre las obras precursoras del modernismo, nos explicaremos: "En las orillas del Sar", libro cuya primera edición apareció en 1884 —ampliada en la segunda, de 1909— Rosalía buscó dar a su lirismo más hondura, mayor riqueza expresional. Y lo logró muchas veces, ya en sus endecasílabos, ya en sus alejandrinos. Pero por momentos su verso resulta conceptual, sin aquella frescura de sus cantares, que preferimos. Además, Rosalía sigue perteneciendo al romanticismo, sin que muestre —a nuestro juicio— ni elementos, ni "anuncios" parnasianos, ni simbolistas —y muchos menos "decadentes"— que la emparienten a los pre-modernistas.

Cuando murió, en su querida tierra de Padrón, el 15 de julio de 1885, luego de atroces sufrimientos físicos y morales, su marido refirió que, antes de cerrar para siempre sus ojos, Rosalía quiso que abrieran la ventana, para ver el mar. Sin embargo, no es el mar la imagen más hermanada a su lirismo. Creemos que mejor la reflejan las verdes y rozagantes vegas gallegas, donde el pueblo trabaja y canta. Y, muchas veces, su imagen más cabal es la de la lluvia cayendo monótonamente en la plaza de Santiago de Compostela.

Gastón FIGUEIRA

(Especial para EL DIA).


EDGAR RICE BURROUGHS'
Tarzan®
EN UN SORPRESIVO GESTO DE PAZ, LOS GUERREROS ATACANTES DEPONEN SUS ARMAS.


DEBEN HABER VISTO EL BALÓN FLOTANDO Y CREERÁN QUE YO IBA EN ÉL.


SI QUISIERA ESCAPAR, ESTE SERÍA EL MOMENTO... PERO SI PRETENDIERAN HERIRME...
JOHN CELARDO


LA PAZ SEA CON UDS. YO SOY TARZÁN, REY DE LA SELVA.
TÚ ERES TARZÁN, ENVIADO DE LAS ALTURAS PARA SALVARNOS DE LAS TRIBUS AVES!


PERO...
TÚ VIENES A NUESTRO HOGAR EN LAS MONTAÑAS... NO HAY TIEMPO QUE PERDER, SAGRADO!
1742


SUPONEN QUE POSEO PODERES SOBRENATURALES... ESPERO QUE SUS PROBLEMAS PUEDAN RESOLVERSE CON LOS HUMANOS SIMPLEMENTE.


PERO ESOS PROBLEMAS NO SON TAN INMEDIATOS COMO EL PELIGRO OCULTO EN LA ESPESURA DE UN ÁRBOL.


DE PRONTO EL AIRE ES CORTADO POR UN RUIDO Y UNA EXITACIÓN. Y EL SEÑOR DE LA SELVA REACCIONA COMO CUALQUIER HOMBRE.

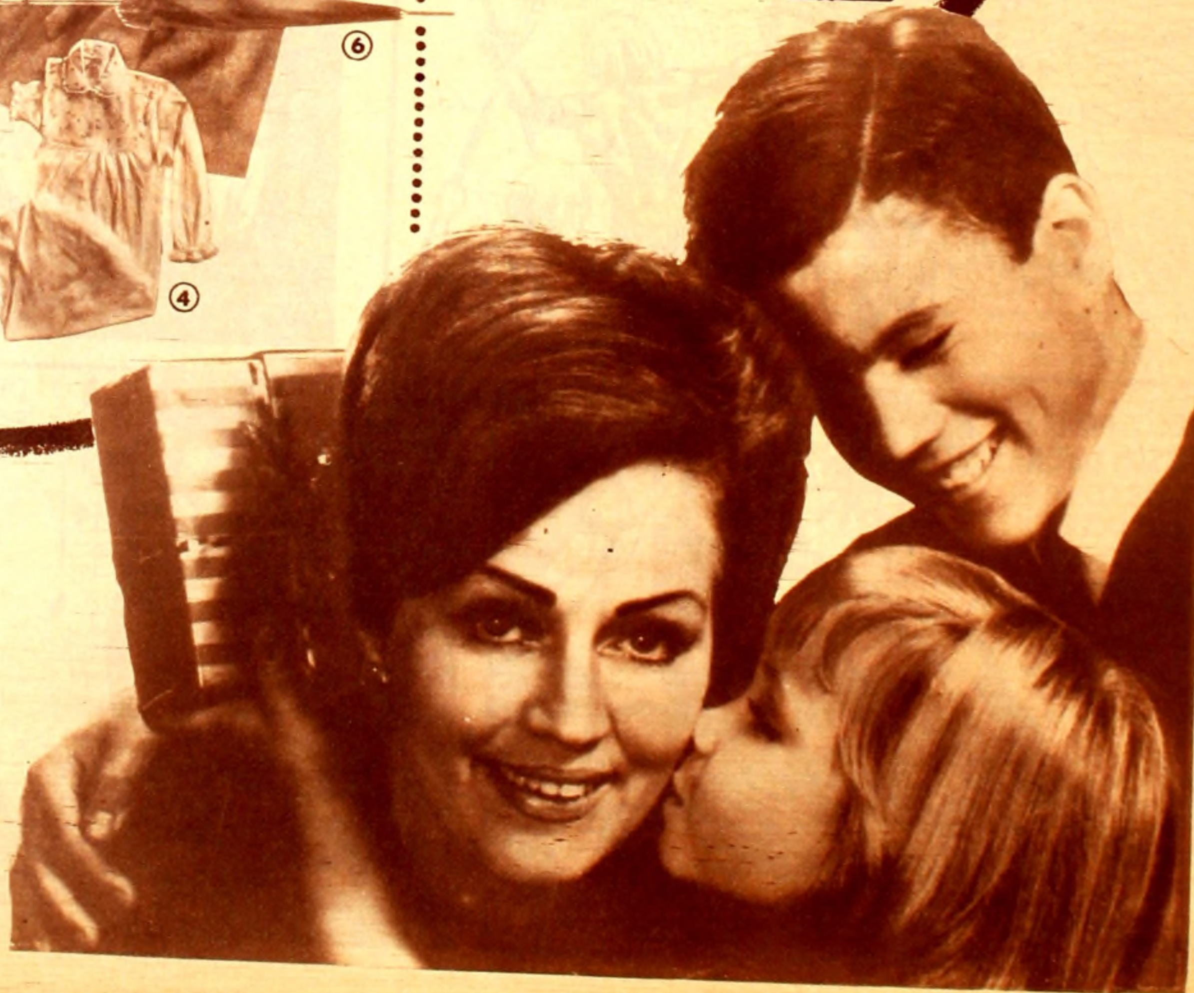
los más tiernos
REGALOS para el ***Día* DE LA *Madre***

***Soler* los tiene!**

***Soler* conviene!**



1. Vestido en Paño fantasía totalmente abotonado, en variedad de tonos $ **250**
2. Tapado en Paño Pelo de Camello, de línea muy sobria con detalle de pespunte en la delantera $ **690**
3. Salto de cama capitoneado en nylon estampado, de original diseño $ **290**
4. Camisón en algodón interlock de excelente calidad, con detalle de cuello y pechera estampada $ **95.00**
5. Juego en estuche, de enagua y bombacha, en nylon con detalle de bordado $ **99.50**
6. Paraguas de nylon con bonitos mangos, fino varillaje, en variedad de tonos $ **198**
7. Pañuelos de seda estampada, en varios diseños y colores $ **24.50**
8. Medias de nylon, malla 60 o 66, en tonos de gran moda $ **14.00**



CASA MATRIZ
Av. Agraciada 2302 y M. Sosa - Tel. 20 09 61

SUC. CORDON
Av. 18 de Julio 1601
Tel. 40 41 11

SUC. CENTRO
Av. 18 de Julio 958
casi esquina Rio Brancò
Tel. 9 40 59

SUC. UNION
Av. 8 de Octubre 3790
al 94 – Tel. 5 40 35

SUC. ARTIGAS
Av. J. G. Artigas 558
(Las Piedras)